

EDUARDO POSADA

# BIOGRAFIA

DEL

GENERAL JOSE M. CORDOBA

*copias: 11002 Br. 2*

*2*

M. DCCC. XC. IX

BOGOTA

IMPRESA DE "EL HERALDO" - CALLE 14, N.º 64  
©Academia Colombiana de Historia



GENERAL JOSE MARIA CORDOBA

## ORDENANZA NUMERO 5 DE 1898

(3 DE JUNIO)

por la cual se conmemora el natalicio del General José María Córdoba en su primer centenario.

La Asamblea de Cundinamarca, en uso de sus facultades legales y

### CONSIDERANDO:

1º Que es un deber de los Gobiernos rendir culto de gratitud á los libertadores de Colombia;

2º Que debe ofrecerse á los pueblos el noble ejemplo de los héroes para que aprendan á amar y defender la Patria, y

3º Que el 8 de Septiembre de 1899 se cumplen cien años á contar del día en que nació el valeroso General José María Córdoba, que desde la temprana edad de catorce años se consagró á luchar por la Independencia de Colombia, hasta que ayudó á sellarla en Ayacucho con su inolvidable carga á “paso de vencedores,”

### ORDENA:

Art. 1.º El día 8 de Septiembre de 1899 será un día de gala para los habitantes de Cundinamarca.

Art. 2.º Autorízase al Gobernador de Cundinamarca para que contrate, en edición lujosa y su-

ficiente, la publicación de la biografía del General José María Córdoba.

Art. 3.º En todas las Escuelas primarias del Departamento tendrá lugar un certamen de Historia patria el día 8 de Septiembre de 1899, en homenaje de gratitud al General José María Córdoba, y se premiará la aplicación de los cinco mejores alumnos de cada escuela con la biografía de de aquel valeroso soldado.

Art. 4.º El señor Gobernador del Departamento enviará al Honorable Concejo del Municipio de Concepción, del Departamento de Antioquia, doscientos ejemplares de la biografía del General José María Córdoba para que sean repartidos entre la juventud estudiosa del Municipio.

Art. 5.º El Gobernador abrirá un concurso tan pronto como sea sancionada la presente Ordenanza, para obtener una biografía del General José María Córdoba.

§. Un Jurado de tres literatos nombrados de antemano, escogerá entre los que se presenten, cuál debe imprimirse, y acordará se premie al autor con la cantidad de mil pesos (§ 1,000).

Art. 6.º Los gastos que ocasione el cumplimiento de la presente Ordenanza, se considerarán incluidos en el Presupuesto de Gastos de la próxima vigencia.

Dada en Bogotá, á tres de Junio de mil ochocientos noventa y ocho.

El Presidente,

FELIPE F. PAÚL

El Secretario,

*Rudesindo Gómez A.*

*Gobernación de Cundinamarca.—Despacho de Gobierno.—Bogotá, Junio 4 de 1898.*

Publíquese y ejecútese.

RAFAEL PINTO V

El Secretario de Gobierno,

ANTONIO PACHÓN.

---

DECRETO NUMERO 154 DE 1899

(24 DE JULIO)

en ejecución de la Ordenanza número 5 de 1898.

El Gobernador de Cundinamarca,

DECRETA :

Art. 1.º Destinase del Tesoro departamental la suma de mil pesos (§ 1,000) como premio que se dará al individuo que presente la mejor biografía del General José María Córdoba, dentro de treinta días, contados desde la fecha de este decreto.

Art. 2.º Un jurado de tres literatos calificará los trabajos que se presenten, señalando cuál se ha hecho acreedor al premio mencionado.

Art. 3.º Del trabajo que se escoja, se mandarán imprimir por la Secretaría de Gobierno quinientos (500) ejemplares, de los cuales se enviarán al Concejo Municipal de Concepción, Departamento de Antioquia, donde vio la luz primera el ilustre Prócer, doscientos (200) ejemplares, con el objeto de que sean repartidos entre la juventud estudiosa del Municipio.

Art. 4.º En todas las escuelas primarias de este Departamento tendrá lugar el día ocho (8) de Septiembre próximo venidero, un certamen de Historia patria, en homenaje de gratitud al General Córdoba, y se premiará la aplicación de los cinco mejores alumnos de cada escuela con la biografía de aquél valeroso soldado.

Art. 5.º El jurado á que se refiere el artículo 2.º de este decreto, será formado por los señores don José Manuel Marroquín, Presbítero don Rafael María Carrasquilla y don Enrique Restrepo García.

Art. 6.º Nómbrase al señor don Luciano Carvalho para que represente á este Departamento en los festejos que tendrán lugar en el Municipio de Concepción el día ocho (8) de Septiembre citado, con motivo del centenario del General Córdoba.

Art. 7.º Las respectivas Secretarías del Despacho dictarán las providencias del caso para el fiel y estricto cumplimiento de lo dispuesto en el presente decreto, abriéndose por la de Hacienda el crédito adicional á que hubiere lugar, para atender á los gastos que aquél implique.

PUBLÍQUESE en la *Gaceta de Cundinamarca* y en hoja volante.

Dado en Bogotá, á 24 de Julio de 1899.

MARCELIANO VARGAS.

El Secretario de Gobierno,

*Arcadio Dulcey.*

## INFORME

Sr. Gobernador de Cundinamarca.

La Comisión calificadora de los trabajos presentados para el Concurso que el Gobierno de Cundinamarca ha abierto con el fin de honrar la memoria del General José M. Córdoba, estima conveniente exponer, antes que el juicio que ha formado al estudiar aquellos trabajos, las bases sobre las cuales, desde que aceptó el encargo, resolvió discurrir.

Ante todo, tuvo presente que ese Gobierno, al abrir el concurso no pudo proponerse otro fin que el de procurar la composición de una obra que, poniendo de relieve los méritos del General Córdoba, le atraiga á éste la simpatía y la admiración de nuestra juventud y las de la generalidad de los colombianos, y hasta las de los extranjeros; atrayendo la misma admiración y la misma simpatía á la causa de nuestra independancia y á todos los personajes que contribuyeron á su triunfo.

Destinada la obra para que con su publicación se solemnice el Centenario del héroe, festividad en que no se trata sino de glorificarlo, no se le puede atribuir otro objeto.

Una biografía de Córdoba que contuviera muchos y muy preciosos datos sobre su vida y sus hechos, pero que careciera de atractivo y ofreciera lectura propia únicamente para unos pocos aficionados á los estudios históricos, no serviría para engrandecer al héroe en el concepto de la generalidad de nuestros compatriotas y menos en el de los extraños.

La Comisión presume que lo que se exige no es un estudio científico sobre la parte de la guerra de la independencia en que Córdoba figuró, ni una acumulación ú ordenación de fragmentos de obras históricas generalmente conocidas.

Juzga la Comisión que ante todo debe atenderse á la verdad histórica, que ésta ha de vestirse con galas que hagan amena la lectura, y que los adornos de fantasía y la falsificación de los datos suministrados por la historia menoscabaran.

Está ordenado que muchos de los ejemplares de la que se premie se destinen á las escuelas. En concepto de la Comisión, esto hace indispensable que se omita todo lo que pueda causar mal efecto en la inteligencia y en la parte moral de los niños.

Habiéndose decretado el premio para *la mejor de las biografías de Córdoba que se presenten*, parece ineludible premiar alguna aunque no sea de extraordinario mérito.

Ya explicado el criterio de que la Comisión se propuso usar antes de estudiar las piezas presentadas, se pasa ahora á dar cuenta del resultado de su trabajo.

Ocho composiciones se han presentado. Una ya impresa en el año pasado, no ha parecido admisible por no referirse sino á sucesos acaecidos en los treinta y nueve últimos días de la vida del General Córdoba. Todos parecen ser resultado de una labor asidua y acuciosa, y cada una se hace recomendable por algunas excelentes cualidades.

La Comisión ha juzgado que dos de las obras son superiores á las demás y que, si bien descuelan por méritos de diferente naturaleza, tienen



igual ó muy semejante valor. Lleva la una el seudónimo *Patriota*, y la otra el seudónimo *Ruperto Hand*.

La primera de estas luce un estilo más vivo y agradable que el de las demás, da á conocer mejor la persona y el carácter del General Córdoba, no hace su apología ni su defensa con detrimento de la fama de otros insignes personajes históricos, como lo ha hecho más de un autor olvidándose de que en esta ocasión no se trata sino de una fiesta patriótica; y, que finalmente, si no es muy extensa, es concisa y sugestiva.

La biografía que lleva el seudónimo *Ruperto Hand* es de mayor aliento, contiene más datos históricos y entra más en el terreno de la crítica; esclarece mejor y de modo favorable á Córdoba lo tocante á su acusación ante la Corte de Justicia, y lo defiende refiriéndose á buen número de documentos.

Tal ha sido el juicio de la Comisión acerca de la biografía que acaba de mencionarse, no obstante que sus miembros no están de acuerdo con el autor en cuanto á algunos comentarios y apreciaciones sobre sucesos y personajes de la época.

Hallando la Comisión estos trabajos de mérito equivalente; no atreviéndose á declarar cuál de los dos es en sí superior al otro, y reputando al mismo tiempo el suscrito por *Patriota* más adecuado para el uso de los escolares, así como de lectura más amena, propone á Su Señoría que el premio se divida por iguales partes entre los autores de los dos trabajos y que sólo se publique el suscrito por *Patriota*.

Abiertos dos pliegos que contenían los verdaderos nombres de los autores, se ha hallado que el de la biografía que lleva el seudónimo *Patriota*, es el señor don Eduardo Posada, y que el autor de la biografía que se presentó con el seudónimo *Ruperto Hand* es el señor don Pedro María Ibáñez.

Temiendo traspasar sus facultades, la Comisión se permite indicar á Su Señoría que, puesto que la biografía premiada ha de ser leída en las escuelas, conviene ponerse de acuerdo con el autor de la que ha de publicarse á fin de que suprima ciertos pasajes de la obra ó los modifique convenientemente.

Dios guarde á Su Señoría,

JOSÉ MANUEL MARROQUÍN.—R. M. CARRASQUILLA.—ENRIQUE RESTREPO GARCÍA.

### RESOLUCION

*Jefatura Civil y Militar de Cundinamarca.—Despacho de Gobierno.—Bogotá, Septiembre 7 de 1899.*

“Visto el informe rendido á esta Jefatura, con fecha 1.º del mes en curso, por Su Excelencia don José Manuel Marroquín y por los señores Presbítero doctor don Rafael M. Carrasquilla y don Enrique Restrepo García, miembros del Jurado de calificación de los trabajos biográficos sobre el General José María Córdoba; y la resolución acordada en el particular por dicho Jurado,

“SE RESUELVE:

“Apruébase en todas sus partes el dictamen del Jurado de calificación de las biografías del

General José María Córdoba, que fueron presentadas á virtud de lo dispuesto en el artículo 1º del Decreto número 154 de 1899.

“ Oficiese á cada uno de los señores miembros del Jurado, manifestándoles el vivo agradecimiento de esta Jefatura, y en especial del encargado de ella, por la manera atenta y satisfactoria con que llenaron su cometido.

“ Procédase á contratar inmediatamente, con alguna de las imprentas de la ciudad, la impresión de la biografía escogida para tal efecto por el Jurado, en edición nítida de 500 ejemplares y bajo la inspección de su autor, señor doctor don Eduardo Posada.

“ Dése cuenta á la Secretaría de Hacienda de la resolución del Jurado para que expida sendas órdenes de pago á favor de los señores doctores don Eduardo Posada y don Pedro María Ibáñez, por valor de \$ 500 con que fueron premiados.

“ Hágase conocer del autor de la biografía que va á publicarse la última parte de la resolución del Jurado, á fin de que en ella se supriman ó modifiquen convenientemente los pasajes á que la misma se refiere.

“ Al principio de la obra deben insertarse la Ordenanza número 5 de 1898, el Decreto gubernativo número 154, del corriente año, el informe del Jurado de calificación y la presente resolución.

“ MARCELIANO VARGAS.

“ Por el Secretario,

“ *Vicente Manrique Cuenca,*  
Oficial Mayor de Gobierno.”

**T**ODOS los colombianos conocen la siguiente anécdota de los días de la independencia, que ha sido transmitida de padres á hijos desde aquellos gloriosos días y que figura entre el florilegio de curiosos episodios que oímos referir á nuestros abuelos en las horas de la infancia:

Un día el General Córdoba se arreglaba ante el espejo el lazo de su corbatín y en un arranque de vanidad, al verse joven, bello, victorioso y grande, exclamó:

—¿Qué me falta? Estoy sano, soy fuerte, es arrogante mi figura, la gloria me ha coronado desde la adolescencia, tengo títulos y poderío que alcanzaron muy pocos. ¿Qué me falta?

—Juicio, mi General, murmuró el sirviente que se hallaba á su lado.

Verdad ó fábula, esa anécdota hace por sí sola la biografía del héroe. Así como los refranes son la quinta esencia de la sabiduría popular, esos cuentos breves, falsos á veces, pero siempre verosímiles, son también á manera de bocetos que hace el pueblo de los hombres extraordinarios por algún aspecto. En la anterior anécdota está Córdoba con sus rasgos prominentes. El tenía todo eso: atractivos físicos, buena fortuna, ímpetus de pre-

suación y falta de cordura, *se non é vero é bene trovato*. (1)

Un célebre historiador inglés, al hacer la biografía de Byron dice que “ todas las hadas, á excepción de una sola, se dieron cita al rededor de su cuna para colmarlo de sus dones: una le otorgó la nobleza, otra el ingenio, otra la hermosura, todas cuanto de mejor tenían. Pero acudió también el hada maléfica no convidada por las demás, y no pudiendo privarlo de aquello que sus hermanas le habían dado con mano pródiga, maldijo cada una de sus mercedes”; algo semejante le sucedió á Córdoba, las deidades que más ama el hombre vinieron á su nacimiento: la gloria, el talento y el valor; pero ésa, la que echaba de menos el indiscreto ordenanza, la diosa de la prudencia no se acercó ese día á darle sus preseas, y si la falta de ese dón le fue útil una vez, allá en Ayacucho, vino en muchas otras ocasiones á serle funesta. Quizás si esa hada hubiese bendecido aquel natalicio, apareciera sin lunares y no se viera tronchada en flor tan brillante existencia.

“ A poco más de 200 metros al Sur de la plaza de La Concepción, dice el Dr. Uribe Angel en su Geografía de Antioquia, con la intercepción de una pequeña hondonada, se levanta en forma de mamelón una rebajada y apacible colina. Sobre la parte culminante de ella se veía, hasta el año de 1859, la demarcación de un antiguo edificio, dibujado apenas por las vagas ruinas de sus cimientos. Perteneció aquel solar con su casa respectiva á D. Crisanto Córdoba y á su esposa D.<sup>a</sup> Pascuala Muñoz. Fruto de aquel feliz matrimonio nació en el

mes de Septiembre de 1799 un niño á quien se llamó José María.”

Tales fueron la cuna y los padres del héroe. Eran éstos de puro linaje español y se habían establecido en aquella aldea antioqueña, á fin de trabajar en negocios de minas.

La parroquia de la Concepción había sido segregada, hacía poco tiempo, de la de Rionegro, á causa de su crecimiento, debido á la afluencia de mineros y por la distancia á que se hallaba de la última población. Allí, pues, fue bautizado el célebre caudillo, y no obstante esto, Rionegro, con insistencia que le hace honor, lo reclama como hijo suyo. Recientemente hemos visto la disputa entre las dos poblaciones que piden cada una se erija sobre su suelo la estatua que va á levantarle en su centenario la gratitud nacional. Rionegro alega en su favor que el héroe la llamó su ciudad natal al enviarle la corona de oro que le obsequiaron en La Paz, y que en ella puso todas sus complacencias. Dice, además, que Concepción no era sino una fracción de aquélla cuando el héroe vino al mundo. Por su parte Concepción presenta la partida de bautismo y comprobantes de su autonomía parroquial.

Cuando el viajero, dice el geógrafo citado arriba, de pie, en frente de aquel montecillo de Concepción, ve las aguas del río tan cristalinas y puras, el cielo tan azul y sereno, la pradera tan verde, el bosque tan gracioso y todo el paisaje tan reposado y tranquilo, se sorprende al saber que de este paraje de los Andes saliera uno de los más audaces batalladores de la Colombia antigua.”

No participamos de la sorpresa de que habla el distinguido médico antioqueño. Nosotros hallamos natural los sentimientos de valer y patriotismo en medio de una naturaleza opulenta. El aire puro; el cielo esplendoroso; los amplios horizontes; los altivos picachos, donde anidan las águilas, y los ríos, que corren indómitos y soberbios, inspiran entusiasmos nobles, dan fuerzas y brío y hacen amar la libertad y la patria. En las ciudades, donde la atmósfera está enrarecida, donde la vista no puede dilatarse más allá de los muros de los edificios, donde las aguas circulan aprisionadas, y las pequeñeces de la diaria faena no dan tiempo para mirar las nubes que, majestuosas y libres, se pasean sobre el mundo, nacen más bien las pasiones egoístas, se apagan los generosos impulsos y degeneran la fe, la constancia y el vigor. El mismo Dr. Uribe nos dice en igual página: “La temperatura de Concepción es apenas templada; sus aguas son purísimas y su aire tan limpio y sano para ser respirado, que en pocas partes de Colombia se siente la vida tan libre y agradable como en Concepción.” Eso es, la vida libre, la que hace desear la patria independiente y la libertad de todos los oprimidos.

Sus primeros estudios los hizo Córdoba en la escuela de Rionegro, que dirigía el Sr. Manuel Bravo, cepa de una distinguida familia antioqueña (2), y luégo en un Colegio al lado del sabio Caldas, á quien la guerra civil de los días de la *patria boba* hizo huír de la capital, y se había establecido en Antioquia, donde se le ofrecía bello campo para sus trabajos científicos, á mediados de 1813. Este hombre, lleno de bondad, patriotismo y subiduría puso, sin duda, en el corazón infantil de Córdoba

los gérmenes de amor á la patria, de valor y de sacrificio que con tanta opulencia habían de fructificar luego al calor de las batallas. Caldas, como esas aves que conducen en el pico las semillas de los valles á las más enhiestas rocas, llevaba en sus elocuentes labios á las montañas antioqueñas simientes de libertad y ciencia (3).

El terreno era propicio: allá el movimiento del 20 de Julio había tenido entusiasta eco, los pueblos querían colaborar en la grandiosa epopeya que empezaba á desarrollarse en Sur América, y aparecía en esa tierra un hombre de excepcionales dotes de mando, que supo comprender al sabio y que le dio todo apoyo para sus empresas científicas: el Dictador Corral.

Así como de Caldas recibiera Córdoba las lecciones teóricas, en Corral debió aprender prácticamente la actividad infatigable, el dón de Gobierno, la honradez, la energía y el valor á toda prueba; pues allí, en Rionegro, donde el sabio dictara sus conferencias y levantara sus fábricas, el Dictador organizaba la victoria, como el gran Carnot, y regía, con talento y prudencia nada comunes, á aquel pueblo trabajador y altivo (4).

Qué gloriosa trinidad de nombres se encuentra en aquel momento de nuestra historia en ese pueblo de los montes de Antioquia: Corral, Caldas y Córdoba! Tal parece que de opuestos puntos del país—de Mompós y Popayán—hubiesen venido los dos primeros á ver emplumecer el condor de Ayacucho. Un día éste sintió crecidas sus alas y alzó el vuelo hacia las regiones del Cauca, donde veía levantarse espesas nubes de humo. Eran las descargas de Palacé, Calibío, Buesaco, Tacines y



Juanambú. El gran Nariño, de triunfo en triunfo, había atravesado las comarcas del Sur, para ir á sucumbir cuando iba ya á clavar su bandera en las puertas de Pasto. Los restos de su Ejército, á las órdenes de Cabal, se habían retirado al Norte y esperaban algún refuerzo de Antioquia y de Santafé. Un valeroso francés, que puso su vida al servicio de nuestra independendia, el Coronel Serviez, fue á la tierra de Córdoba y trajo al Cauca una expedición en la cual venía de Subteniente el futuro compañero de Sucre. (5)

No tuvo que esperar muchos días para medir sus fuerzas. A poco tiempo fue la sangrienta batalla en las orillas del río Palo (5 de Julio de 1815). Allí fue atacado Cabal por el jefe español Vidaurrázaga y tras reñida lucha quedó victorioso el ejército patriota. Esta batalla fue de una grande importancia, pues quedó el Cauca libre hasta Pasto é hizo renacer las esperanzas que se habían apagado con la derrota de Nariño en los egidos de Pasto. (6)

Córdoba fue entonces ascendido á Teniente, pues tal título le da el abanderado Espinosa en sus Memorias al referir que aquél lo felicitaba al día siguiente por su valor. Córdoba recibió, según algunos de sus biógrafos, un balazo en el sombrero. Es digno de notarse desde ahora que nuestro héroe recibía sus ascensos sobre el campo de batalla; parecía que las balas marcaran sobre su vestido, como la tiza de un sastre, el lugar donde debían colocarse los galones.

Serviez y parte de la fuerza vencedora, después de haber perseguido hasta Popayán los derrotados, fueron llamados á Santafé (7) donde podían pres-



tar oportunos servicios. Bastaba en el Cauca las fuerzas de Cabal traídos á la capital los prisioneros del Palo.

Delicada era la situación del Gobierno independiente en los primeros meses de 1816. Una tremenda batalla había tenido lugar en el Páramo de Cachirí, en la cual triunfaron completamente las fuerzas del Rey.

Rovira fue depuesto del mando del Ejército y el mismo Presidente D. Camilo Torres, tuvo que dimitir en presencia de la catástrofe. El nuevo Presidente Fernández Madrid, nombró á Serviez Jefe de las fuerzas patriotas, las cuales se habían retirado á las cercanías de Vélez, y allá se hizo cargo en Marzo de 1816. Córdoba, que era Ayudante del valeroso francés, estuvo á su lado en esa expedición al Norte.

Pero toda resistencia era ya inútil al Ejército español, vencedor en Cachirí, que avanzaba sobre la capital. Los patriotas estaban débiles y desalentados. La llama de la Independencia se apagaba para renacer más tarde, inextinguible y gloriosa. A Serviez, Santander y Córdoba les tocaba llevar á las llanuras de Oriente una chispa que había de convertirse en ese poderoso incendio que devorara al poder español en la tierra americana.

De retirada en retirada, el Ejército de Serviez vino á la capital, á donde entró en la noche del 3 de Mayo de 1816, y de ahí partió al siguiente día por Cáqueza en busca de los llanos donde vagaban algunas guerrillas de patriotas, y donde podían hacerse invencibles y fuertes. El Presidente Fernández Madrid con sus compañeros de Gobierno, con su guardia de honor, con el Batallón Socorro y con

un puñado de hombres civiles partió hacia el Cauca. Cuán triste fue esa división de las fuerzas que defendían la independencia! Reunidas habrían podido detener en Zipaquirá ó Santafé al Ejército español, ó bien partir todas para el Cauca y triunfar allá y hacerse poderosas en Pasto y Quito, ó bien seguir unos y otros hacia Casanare y formar en los llanos numerosa legión. Mucho se ha escrito sobre aquellos luctuosos días, y nada queremos decir sobre ello por ser exótico en esta biografía, una vez que Córdoba no tuvo en esos acontecimientos otra participación que la de un sumiso edecán. Simplemente haremos notar cuán funesta fue aquella separación de los patriotas. Santafé cayó en manos de los realistas y sobre todas sus plazas se levantaron patíbulos; Fernández Madrid y sus compañeros fueron á sucumbir allá en el Cauca y corrieron espantosa suerte; Serviez cayó asesinado en los llanos y sus camaradas pasaron horribles padecimientos (8).

Refieren que el padre de Córdoba quiso entonces llevarlo otra vez al hogar y apartarlo de la vida militar, y que el valeroso joven no quiso desistir de seguir á Serviez. Algún presentimiento debía tener de los brillantes destinos que le reservaba el porvenir (9).

El Ejército español seguía á los patriotas tan de cerca que al día siguiente de pasar ellos por Santafé, ocupaban la ciudad los realistas; una partida de éstos los persiguió y logró quitarles, al atravesar un río, el cuadro de la Virgen de Chiquinquirá que Serviez se había traído en la esperanza de arrastrar tras ella las multitudes (10).

Cuán gloriosa fue aquella campaña de Oriente! De 2,000 hombres de infantería y caballería, dice Restrepo, no quedaron sino 600 infantes y 30 jinetes cuando salieron de la capital, y ya al llegar á Pore (23 de Junio) no eran por todos sino 56 soldados de á pie.

“No puedo pasar en silencio, dice Santander, esa campaña de Apure, donde las privaciones, las penalidades y los peligros se acumularon para probar nuestra constancia. Descalzos absolutamente, sin ropa, sin recursos y alimentados solamente con carne mal asada y sin sal, deseábamos los riesgos para acabar con gloria una vida tan amarga” (11).

Varios combates parciales tuvo el Ejército de Serviez en aquellos días. Antes de llegar á Pore fue preciso luchar en Ocoa y Upía al ser alcanzados por los realistas (13 y 22 de Junio). De Pore salió el Ejército á órdenes del Coronel Moreno, Gobernador del Llano, y batió á Villavicencio en Guachiría (29 Junio). Luégo, unido á las tropas del General Páez en Arichuma, peleó en Jagual, Achaguas y en otros encuentros de menor importancia. En todos estos campos estuvo Córdoba, sin duda alguna, al lado de su Jefe (12).

Casi tres siglos hacía que esas llanuras habían visto una gran proeza. Fredermán al frente de una tropa de valientes había venido desde las orillas del mar, conquistando esas comarcas, y llegado á través de los llanos, después de innúmeras fatigas, con un puñado de titanes al pie de la cordillera, la escaló atrevido y plantó su tienda donde hoy se eleva la risueña Bogotá. Trompa homérica sería menester para relatar los prodigios de aquellos hombres en las primeras páginas de nuestra historia.

Pues bien, al cabo de los tiempos se repetían proezas semejantes sobre aquel llano magnífico y bravo. Parecía que Santafé devolvía á la grandiosa pampa el puñado de héroes que de allá había venido á fundarla hacia cerca de trescientos años. Los grandes ríos, las brisas del Orinoco, los árboles centenarios debieron recordar, al sentir los pasos de los que venían á luchar contra el despotismo, á aquellos que habían pasado en otra época luchando contra la barbarie, y debieron reconocer que los unos eran descendientes de los otros, y que no estaba extinguida la estirpe de El Cid y de Pelayo.

Y este grupo de águilas que bajaban de los Andes á las campiñas ilimitadas se encontraron allí con una bandada de leones que guerreaban por la misma causa, y á ellos se unieron por allá en las margenes del Arauca. El Jefe de éstos, Páez, *el león de Apure*, realizaba entonces tales prodigios que parecen creaciones de la fábula.

Córdoba militó con el Jefe de los llaneros después de haber sido asesinado el indómito Serviez. Al lado de Páez estuvo en varias de las épicas hazañas que ilustraron el llano, en esos maravillosos días.

Pero la vida en aquel Ejército, con aquellos centauros de las sabanas, no era del gusto de algunos Oficiales del interior, y pidieron su pasaporte para unirse á Bolívar que había desembarcado hacia poco en las costas de Venezuela. A algunos les fue concedida la licencia, pero á otros se les denegó. Córdoba que estaba entre estos últimos resolvió retirarse sin pasaporte, y fue aprehendido y juzgado como desertor. Hé aquí cómo refiere el

mismo Páez en su autobiografía el peligro que corrió la vida de Córdoba:

“Para impedir cuanto me fuera posible la deserción, mandé una partida de caballería á alcanzar á los que no llevaban pasaporte, y sólo trajeron al Teniente José María Córdoba (después renombrado General de Colombia) y al Capitán Ramón Durán. Un Consejo de guerra los condenó á muerte, pero al fin se les perdonó la vida por haber intercedido en favor de ellos el Gobernador de Casanare, el Padre Trinidad Travieso, y el benemérito Pedro Camejo, alias el primero.”

Sin embargo Córdoba insistió en su propósito y se unió al Libertador. Al lado de él hizo aquella gloriosa campaña del Norte, y se halló en las batallas de *Gámeza*, *Pantano de Vargas* y *Boyacá*. Entró á Bogotá el 10 de Agosto con el ejército libertador.

Cuán grata debió ser aquella hora en que pusieron su planta en la plaza mayor de la Capital esos hombres que habían salido prófugos y sin esperanzas tres años antes. Cuántas lágrimas de gratitud no derramarían á los pies de esos veteranos los ojos de los habitantes de la antigua ciudad. Pero el regocijo general debía turbarse por momentos al verse entre la multitud entusiasmada los trajes negros de las viudas y huérfanos de los fusilados por Morillo y Sámano.

Grandes cualidades debió revelar Córdoba en todas estas campañas, pues el Libertador lo escogió inmediatamente que entraron á Bogotá para que siguiera con 100 hombres á libertar á Antioquia. No tenía entonces sino 21 años; llegaba, pues, apenas á la mayor edad.

En los primeros días después del triunfo de Boyacá siguió á esta campaña; en el camino de Honda logró alcanzar algunos de los fugitivos españoles que iban armados, y ya el día 25 se hallaba en Nare, á donde no llegó sino con 40 hombres.

Gobernaba en Medellín el Coronel Carlos Tolrá, y al saber que Córdoba había llegado á Rionegro huyó hacia el Nordeste. Acompañaba á las fuerzas patriotas el doctor José Manuel Restrepo, nombrado Jefe Civil de la Provincia. Con qué nombres tan gloriosos se va tropezando la pluma al hacer este bosquejo del General Antioqueño: Caldas y Corral, primero, Cabal y Mejía en seguida, Santander y Fernández Madrid luégo, Páez y Bolívar después. Ahora es una venerable figura, la del Tácito colombiano. El doctor Restrepo no solamente nos ha dado inmortales páginas de historia, sino que supo en las tremendas horas de la Independencia ser patriota y valiente. De él puede decirse lo que se dijo recientemente del Duque de Aumale, que antes de escribir la historia la hacía con su brazo.

Entre los nombramientos que hizo Córdoba en aquellos días, está el de Director de la Imprenta para el cual fue designado el doctor Félix Restrepo. Luégo veremos en qué lugar y en cuáles circunstancias se volvían á encontrar el héroe y el abogado.

Córdoba fusiló en aquella ciudad, según dice Llano, á algunos españoles tan solo por reputarlos sospechosos. No hemos hallado datos precisos sobre este hecho, que como muy bien dice el biógra-

fo citado "es de aquellas faltas que el Tribunal de su historia no puede remitirle."

Sámano, con el pavor que le causara la victoria de Boyacá, había ido á dar á Cartagena y de allí dispuso, en la esperanza de recuperar su dominio, que Warletta subiera por el río Cauca é invadiera á Antioquia. Repentinamente apareció aquel pacificador que conocía bien á Antioquia, en Yarumal, al frente de numeroso ejército. Pero por allí salió Córdoba á su encuentro. En aquella época no se dormía, y Sámano debió sorprenderse, al saber que las tropas que enviaba por allá en los confines de Antioquia, eran derrotadas por uno de los que habían vencido en Boyacá pocos meses hacía á otro de sus tenientes.

El triunfo de *Chorros Blancos* (12 de Febrero de 1820) fue de una importancia capital, pues impidió que se comunicara el viejo Virrey con los realistas de Popayán y Quito.

El historiador Restrepo nos refiere que Córdoba había sufrido en aquellos días una caída del caballo y que por consecuencia de ella estuvo loco algún tiempo. No obstante su mal estado hizo esta penosa campaña (13).

El Gobierno de Bogotá envió la orden á Antioquia de invadir por el río Cauca el territorio del bajo Magdalena. Córdoba fue encargado de la audaz empresa. En Zaragoza consiguió algunas embarcaciones y en ellas bajó por el río Nechí. En la boca de éste se encontraba una numerosa fuerza española y se sirvió de una estrategia para desalojarla. Llenó de luces un gran número de balsas y el enemigo se creyó en presencia de nu-



meroso ejército que bajaba á cortarle la retirada y abandonó sus posiciones. Hubo, no obstante, recia pelea en Majagual, que comprometieron con grande arrojo Manuel Corral (hijo del Dictador) y Salvador Córdoba, (hermano de nuestro héroe) en la cual obtuvieron espléndido triunfo. (17 de Febrero de 1820) (14).

Hé aquí una carta de Córdoba en que da cuenta de sus posteriores operaciones en el río Magdalena :

“ Señor doctor José Manuel Restrepo.—Mompóx, Junio 23 de 1820, á las 6 de la tarde.

Mi apreciado amigo : Por fin he cumplido con las órdenes del Vicepresidente, de entrar á esta Villa y ocupar las Sabanas : he buscado con ansia un combate para hacer brillar las armas de mi mando; pero los cobardes abandonan siempre los campos de batalla. De Magangué mandé los dragones y cincuenta hombres de infantería á ocupar las Sabanas. Ciento y algunos enemigos que allí había se retiraron á Tolú. Excepto algunos pueblos que están á cuatro, seis y diez leguas de Cartagena, todos están libres.

De Magangué me puse en comunicación con Maza, y formé una combinación para atacar igualmente al enemigo en todas sus posiciones : pero éste con la noticia de que el Almirante Brión ocupa las bocas del Magdalena con una escuadra de quince buques y algunas flecheras, y que una división trataba de ocupar, como efectivamente á Barranca, se retiró precipitadamente el 19 por la tarde. Yo calculé que el enemigo precisamente debía hacer esta operación, pero por alguna falta de

conocimiento podría tardarse algunos días más; entonces ya vi que la combinación se tardaba y mandé cincuenta hombres con los dos buques de guerra á la boca de Tacaloa, á las órdenes del Capitán Mendoza: en Magangué dejé 25 hombres para que guardasen 70 enfermos que allí tenía, y con 200 hombres me dirigí por unos caños, por donde ni las ratas habrían pasado, con el objeto de tomar esta plaza: así fue, y á mi llegada supe que el enemigo hizo el movimienio que yo había calculado haría: pero mi amigo, como todo no ha de ser victoria, el enemigo que desesperadamente trataba de romper, atacó á Mendoza, que no cumpliendo con mis órdenes, colocó malísimamente su tropa. Los dos buques fueron apresados, y su tropa se dispersó, huyendo Mendoza cobardemente; y no sólo esto, sino que pasó á Magangué, alarmó aquella guarnición que también se dispersó. De los cincuenta de Tacaloa he reunido aquí treinta y cinco. De la guarnición de Magangué he sabido que los cobardes Mendoza y Castor Gómez, Comandante de ella, se retiraron á Majagual y muy pocos enfermos quedaron en Magangué. En este momento he sabido que los enemigos no lo ocuparon, sino que siguieron su retirada.

Aguardo la escuadrilla para ir rápidamente á ocupar aquellos pueblos: el enemigo solamente tiene cien fusiles disponibles: y aquellos dos indecentes han huído sin batirse. Ahora me las van á pagar todos los españoles y dichos dos Oficiales á los cuales encomendaran ya á Dios, pues están en capilla: Si caen en manos de los españoles mueren, y si en las mías, seguramente mueren.

Mi amigo : no pensé yo, cuando me puse en marcha de ésa, tantas ventajas. Sin duda alguna dentro de un mes somos dueños de las Provincias de Cartagena y Santa Marta. Tal vez las murallas de Cartagena durarán en poder del enemigo algunos días más ; pero muy pocos. Me aguardo para concluir ésta al amanecer de mañana.

24 á las diez de la mañana.

Anoche se me reunió la Escuadrilla compuesta de siete buques y algunas escuchas, y 150 fusileros, de modo que á las dos ó á las cuatro de la tarde marchó con dicha Escuadrilla y 350 fusileros á atacar rápidamente al enemigo en donde esté, reunir los dispersos de Magangué, y en fin, ó hacer grandes cosas, ó que me lleve el diablo.

Adiós, mi amigo : mande usted con consideración á su afectísimo amigo y servidor p. b. s. m.,

J. M. CÓRDOBA.”

Con la misma fecha de esta carta escribía Bolívar desde Cúcuta á Santander que se hallaba en Bogotá. En ella le dice :

“ Pienso mandarle el grado de Coronel á Córdoba luégo que haya obtenido algún suceso, para que mande en Jefe todas las fuerzas del Cauca y Magdalena ; me parece que lo ha de hacer muy bien y me llevará un chasco si este joven no sale un excelente oficial ” (15).

Pocos días después tuvo lugar el sangriento combate de Tenerife (25 de Junio de 1820). El triunfo de Maza fue espléndido, pero manchó sus laureles con los actos de crueldad que ejecutó. Todos los vencidos fueron pasados á cuchillo y dice Baraya que un testigo presencial le refirió que en

el bongo llamado *La Comandancia* no quedó un solo pedazo del color de la madera. Las aguas del Magdalena corrieron durante unas horas teñidas de carmín, y los caimanes hicieron opíparo banquete.

Córdoba iba por tierra sobre Tenerife para atacar simultáneamente con Maza que bajó por el río; pero fue engañado por los espías, quienes lo desviaron del camino. Al comprender esto Córdoba fusiló á dos de ellos, Sayavedra y Cortina; el otro llamado José Isabel logró huír por entre las selvas, según refiere el señor Capella Toledo en la biografía del Comandante Ramírez. Esto hizo que llegara cuando ya la batalla había terminado (16).

Siguió entonces la campaña del litoral. Ocupó á Barrancas, pacificó las sabanas del Corozal, estuvo en Barranquilla, y sitió á Cartagena al lado de Montilla (1.º de Julio de 1820). Quince meses se sostuvieron las fuerzas realistas en la heroica ciudad, que sufría un tercer sitio, pero al fin cedieron ante el empuje de los patriotas. (10 de Octubre de 1821).

Por qué duró tanto aquél sitio? José María del Castillo lo explica en una carta al doctor Restrepo de fecha 30 de Septiembre de 1820:

“Cartagena, le dice, para ser rendida, necesita no sólo ser sitiada por tierra, sino también bloqueada por mar, y sin marina no se logrará jamás esto. De aquí ha procedido que ha tenido socorro de víveres y de tres corbetas de guerra, una de la Habana y dos de Puerto Cabello, las cuales han espantado á nuestros bergantines y goletas, dejando franco el puerto.”

Córdoba durante aquel largo sitio estuvo pacificando los alrededores, según se ve en la carta que le escribió al doctor Restrepo en Septiembre de 1820, dándole cuenta de sus operaciones.

En esos días, según el señor Capella Toledo, cayó en poder de Córdoba el espía aquel que se le había fugado en Tenerife, y lo hizo fusilar en el acto.

Bien debió conocer el General Montilla el carácter de Córdoba durante esa campaña, pues en una comunicación á Bolívar le dice (Turbaco 21 Septiembre de 1820): “ á pesar de que S. E. me ordenó á la voz encargase del mando de la Provincia de Santa Marta al Teniente-Coronel José María Ricaurte, después me oficia el ayudante general, ciudadano Gabriel Pérez, diciéndome debe quedar con aquel mando el Teniente-Coronel José María Córdoba. Como el señor Presidente convino conmigo en que el Teniente-Coronel Ricaurte era el que debía mandar en Santa Marta, puede ser muy bien equivocación de la comunicación del señor ayudante general Pérez: y sobre esto pido á V. S. una explicación, siendo de mi deber hacer presente que el carácter fogoso y valiente de Córdoba sería mucho más útil á la patria con su batallón al frente del enemigo, que en una Provincia donde la dulzura y prudencia pueden ser muy necesarias para su pacificación, mientras venga la decisión de S. E., el Comandante Córdoba será colocado en su destino, aun tocando el inconveniente de quién mande su batallón que se halla sin mayor ” (17).

Pero el águila sintió deseos de ir á pasearse en otras lejanas tierras. Había mojado sus alas en

las ondas del Orinoco, había cruzado llanos inmensos, había revoloteado sobre Boyacá, Cundinamarca, Antioquia y Cauca; Santafé la había visto cerneirse triunfal y gloriosa sobre sus campanarios; el Magdalena había reflejado su vuelo sobre sus tranquilas aguas. Ahora desde las murallas de la vieja y heroica ciudad se sintió con fuerzas para ir á extranjeras comarcas, á desgarrar sobre distantes cimas el pendón de los leones y los castillos almenados. Vio allá por el lado del Pacífico, las elevadas cimas del Cotopaxi, del Pichincha, del Tunguragua, del Potosí y al pie unos pueblos que luchaban por su libertad, y tendió su vuelo hacia esas latitudes.

El Istmo de Panamá había proclamado su independencia hacía pocos meses y su Gobernador Fábrega pidió algún auxilio á Montilla, Comandante general de Cartagena. Maza y Córdoba fueron enviados entonces al Istmo con el batallón Magdalena. Santander, Vicepresidente de la República, les dio luégo la orden para que signieran á Quito donde podían ser más útiles los servicios de aquellos dos bravos. Navegaron en el mar de Balboa y llegaron á tierra ecuatoriana. “En Guayaquil, dice el General López, no se les permitió desembarcar, ni que se les prestara auxilio alguno, y así les fue forzoso seguir y hacer tierra en Machala,” con inauditos padecimientos atravesaron la fragosa montaña y se incorporaron al ejército en la Tacunga, en 13 de Mayo de 1822, pocos días después de la batalla de Bomboná (18).

Una semana después le tocaba á Córdoba hacer una acción distinguida de valor. Sucre había acam-

pado con su ejército á las puertas de Quito, en el ejido de Turubamba. Córdoba observaba á caballo, con su anteojo, las baterías enemigas.

—Coronel, mire que le están apuntando con un cañón, le dijo el Ayudante Botero.

—Déjelos usted tirar, respondió Córdoba con toda impavidez, y continuó tranquilo observando al enemigo.

El artillero disparó y el terrible proyectil despedazó al capitán de cazadores Felipe Pérez, que cayó á los pies del corcel del General (19).

Tres días después, una nueva victoria coronaba la frente de Córdoba. Sobre la cumbre del Pichincha obtenía Sucre el triunfo que había de hacerle dueño de Quito. Córdoba, que había hecho prodigios durante el combate, fue ascendido á General de Brigada inmediatamente después de la entrega de aquella ciudad.

Pero si el fuego realista se apagaba en la capital del Ecuador, renacía por allá en las campiñas de Pasto. El español Benito Boves se insurreccionó en esta ciudad y levantó la bandera del Rey. Sucre y Córdoba corrieron á sofocar el movimiento. Recios combates tuvieron lugar en Guáitara, Cuchilla de Taindala, Sacnanquer y Pasto (22, 23 y 24 de Diciembre) y Córdoba peleó en ellos al frente del batallón *Bogotá*. Vino entonces hasta Popayán á fin de destruir las guerrillas realistas que existían por allí.

En los primeros días del año siguiente (1823) vino á Bogotá, donde fue nombrado por el Vicepresidente Santander Comandante general, y luego miembro de la Corte Marcial, que se fundó en Agos-

to de aquel año. Córdoba aceptó este nombramiento, pero manifestó que deseaba más bien volar á los campos de batalla. Antes de un mes realizó sus bélicos deseos, pues fue enviado nuevamente al Cauca á organizar allí un ejército para auxiliar al Perú (20).

Durante su permanencia en la capital del Cauca, ocurrió un episodio de la vida de Córdoba, que apenas mencionan sus biógrafos, pero que fue para él causa de grandes amarguras, la muerte del Sargento Valdés. En el proceso que se instruyó, algunos testigos aseguraron que el mismo Córdoba le había dado la muerte con una bayoneta, y otros manifestaron que él había dado la orden de que se le matara, lo cual había ejecutado en el acto la guardia. Unos dicen que fue por celos, y otros que por irrespetos del subalterno. De todos modos, el hecho no aparece justificado, y el mismo Córdoba reconoció su falta.

---

*(Aquí seguía la relación que hace el Sr. Dr. José Belver en el Papel Periódico Ilustrado, 15 de Junio de 1885, la cual se suprime en acatamiento al dictamen del Jurado).*

La anterior relación del señor Belver, quien fue empleado en esa Corte Marcial y conocía los autos, difiere sólo en pocos detalles de la que hace la Corte en su fallo sobre el asunto, del cual hablaremos más adelante. De todos modos, fue una falta que cometió Córdoba en un momento de arrebató, de ella se arrepintió toda su vida y trató de lavar su mancha con un noble ejemplo de civismo,



como veremos luégo. Al leer esta relación no podrá el lector menos de recordar las palabras del fiel sirviente, con que empezamos esta silueta (21).

Triste es referir este episodio, pero es deber de quien escribe historia decir á todo trance la verdad. El biógrafo que tan sólo endiosa á su héroe, corre el riesgo de ser tenido por ciego y falso apologista.

De Popayán salió Córdoba en auxilio de las fuerzas patriotas, que se hallaban en Pasto rodeadas de enemigos. Tuvo que vencer en dos sangrientas reyertas donde se le quiso detener el paso: Cebollas y Tacines. Luégo en otro punto llamado Veinticuatro.

Pacificado el Cauca, vencidos los realistas del Ecuador, miró el gallardo militar nuevamente hacia el Sur. Allá había más países que libertar. Bolívar lo había precedido en esa ruta y allá lo esperaba en las costas del Perú. Así como Pizarro atravesara ese mar en otro siglo en busca de oro, y sujetara con brazo audaz el poderoso Imperio de los Incas, ahora iba ese puñado de colombianos en busca de la libertad, el más valioso de los tesoros, y á derrotar, á su turno, las huestes españolas.

En Guayaquil se embarcó Córdoba en Marzo de 1824 con los batallones *Istmo* y *Cartagena*, y fue á desembarcar en Trujillo, donde estaba el Libertador esperando este refuerzo con la mayor ansiedad (22).

El Libertador reorganizó entonces su ejército á fin de apagar las rivalidades que existían entre colombianos, peruanos y chilenos, y para abrir la campaña del Perú.

Fueron colocados á su lado Lamar, Santacruz, Necochea, Míller, Aldunate y otros bizarros Generales. A Sucre se le dio el mando en jefe del ejército auxiliar de Colombia llevando á sus inmediatas órdenes á los Generales de división Lara y Córdoba.

¡ Cuán hermosa debió ser esa gran parada que tuvo lugar en las Pampas del Sacramento, en vísperas de la batalla de Junín ! En aquella hermosa altiplanicie se reunieron más de siete mil hombres á las órdenes del Libertador. Allí, el ejército del Perú mandado por Lamar y Santa Cruz ; allí, las tropas colombianas encabezadas por Sucre y Córdoba ; allí, las caballerías argentina y chilena comandadas por Necochea. La mañana estaba esplendorosa, el sol hacía brillar los aceros y el oro de los uniformes, á lo lejos se veían las cimas de los Andes envueltas en la neblina ; un aire purísimo que venía del lago de Reyes donde nace el Amazonas, agitaba las banderas ; entonaban las bandas guerreras sus himnos, los caballos piafaban, los soldados victoriaban al Libertador. Bolívar, emocionado, recorría las filas, y se veía en su semblante aparecer, al contemplar esos aguerridos batallones, un sentimiento de placer y orgullo. Algo así como el de un adolescente enamorado y correspondido. Fue entonces que arengó á sus soldados, para ofrecerles una nueva victoria : “ Un nuevo día de gloria se os presenta : el 7 de Agosto en Carácas, el 7 de Agosto en Boyacá, y el 7 de Agosto en las Pampas de Jauja,” dijo, señalándolas á lo lejos. Hay en estas palabras algo de aquella proclama de Napoleón : “ Mirad el sol de Austerlitz ” (23).

Pocos días después fue la sangrienta batalla de Junín, aquella batalla donde se cruzaron las espadas tan heroicas paladines. Fue en pleno siglo XIX, cual un combate de las antiguas edades, que ignorantes de la pólvora, se batían á arma blanca. Esos centauros, españoles y americanos, lucharon allí como nuevos Horacios y Curacios que salían de su ejército para batirse solos y decidir la suerte.

Córdoba no estuvo en esa horrenda refriega por haberse atrasado la infantería.

El viejo Virrey, al saber en el Cuzco la derrota de Junín, resolvió venirse con sus tropas á vengar en persona el desastre. Por su parte, la infantería republicana ardía en deseos de combatir, para probar que ella, como los jinetes de Junín, sabía abatir el soberbio pendón de Iberia. Las operaciones, sin embargo, tuvieron que suspenderse durante los meses de Octubre y Noviembre por causa de las lluvias, estación inclemente en aquellas breñas de los Andes.

Bolívar partió entonces para Lima, donde graves asuntos lo llamaban, y dejó á Sucre de jefe del ejército.

Tras de una brillante retirada, donde mostró éste sus talentos estratégicos, llegó al fin el día de la gran batalla, al pie del Cundurcunca.

Oh! quién tuviera la cítara de Olmedo, su numen épico, su entonación robusta y majestuosa, para cantar aquella sublime pelea donde se puso el último sello á la libertad de un mundo!

Más de una docena de años hacía que la América del Sur era teatro de una hecatombe formidable. Las batallas estallaban en todos los confines

cual los fuegos de artificio que se quemaban en una plaza pública. No había cesado el humo en un lugar cuando resonaban ya los truenos en algún otro extremo. Va ahora á reventar el último castillo, Ayacucho, el que llenará de claridad el horizonte y arrojará para siempre los amos extranjeros de su hermoso suelo.

Fue el 9 de Diciembre de 1823 la gran batalla. El sol que había estado velado por espesas nubes durante los días anteriores, apareció en tal fecha rutilante y magnífico por sobre la cumbre del cerro que llamaron los Incas *cuello del condor*. —Hoy, aquí el ave de la libertad, el gran pájaro de los Andes, va á levantar su garganta abatida, decían los soldados al descifrar el nombre de *Cundurcunca*, teniéndolo por de feliz augurio (24).

Cerca de medio día se rompió el fuego en ambos bandos, y se trabó la sangrienta refriega. Córdoba recorrió á galope sus batallones arengándoles con frases de entusiasmo. Al ver la caballería enemiga que avanzaba, le dijo al *Pichincha*: contra infantería disciplinada no hay caballería que valga. Un rato después salió al frente de su columna y dio aquella voz de mando hasta entonces inusitada, y que la historia ha puesto con áureas letras en sus más hermosas páginas: *DIVISION! armas á discreción, de frente, paso de vencedores!*

“Imagínese, dice el General López, la belleza de aquel General de 25 años en ese instante sublime. Con su ligero uniforme azul, sin más gala que su juventud y su espada, agitando con la mano derecha su blanco sombrero de jipijapa y siguiendo con la izquierda el favorito castaño claro habituado

por él á cabriolar y á saltar ; su rostro encendido como el de Apolo fulminaba el coraje de su alma, y sus palabras vibraban como rayo por entre aquel horizonte de pólvora y de truenos en que íbamos á envolvernos. Repetida por cada jefe de cuerpo la inspirada voz, la banda del *Voltijeros* rompió el bambuco, aire nacional colombiano con que hacemos fiesta de la misma muerte ; los soldados, ebrios de entusiasmo, se sintieron más que nunca invencibles ; y entre frenéticos vivas á la libertad y al libertador, que eran nuestro grito de guerra, avanzó rectamente esa cuádrupa legión de enconados leones, reprimida hacía casi dos horas por la diestra mano de su amo.”

Conocidos son los incidentes y el resultado de aquella gran batalla. Bastó una hora para poner en completa dispersión al ejército realista. 1,800 muertos quedaron de él sobre el campo de batalla y 700 heridos. Casi la mitad de su ejército cayó prisionero, inclusive el valeroso Virrey que peleó como todo un hijo del Cid. Córdoba fue el héroe de aquella jornada, y tales fueron sus proezas que Sucre lo ascendió á General de División sobre el mismo campo de batalla.

Después de ese día fue un camino de gloria el que le tocó recorrer á Córdoba en el alto Perú. Al lado de Sucre estuvo en Puno, en el Cuzco, en la Paz, en el Potosí, en Chuquisaca. Vio nacer á la nueva República de Bolivia, y vió á Sucre llegar al poder supremo de ella. Una corona de oro le fue entonces obsequiada á Bolívar en la Paz y él la regaló á Córdoba, quien la envió á Rionegro donde se guarda con maternal cariño (25).

Pero en medio de tantas glorias vino á sorprenderlo implacable y ciega la mano de la justicia. Desde Bogotá se le pedía cuenta de aquel homicidio cometido por él en Popayán en tiempos anteriores. Dio entonces el gallardo joven un ejemplo de civismo, digno de ser imitado en todas las naciones.

Hé aquí sus palabras, que debieran gravarse en las puertas de todos nuestros tribunales :

“ Al Excelentísimo señor General en Jefe.—Cachamba, 18 de Septiembre de 1826.

Excelentísimo señor : Por el correo que acaba de llegar de Lima he recibido adjunta á una carta particular del señor General Lara, copia de un oficio que el Gobierno de Colombia pasa á V. E. reclamándome para ser juzgado por la Corte Marcial de la República, por hallarme acusado de haber dado muerte alevé en Popayán á un sargento, de haber intentado la muerte de un Capitán, y de otros atentados de que se me acusa haber tenido en aquella campaña ; yo he pedido repetidas veces al Libertador me permita marchar al efecto indicado ; S. E. nada me ha contestado : V. E., sin duda, no ha tenido tiempo para comunicarme y mandarme cumplir la citada orden del Gobierno, la espero, Excelentísimo señor, para pasar á Bogotá á dar cuenta de mi conducta en los actos de que se me acusa. Dios guarde á V. E. Excelentísimo señor.

JOSÉ MARÍA CÓRDOBA” (26).

Sucre le contestó desde Chuquisaca que como aquel reclamo no era de carácter urgente y no

había modo de reemplazar á Córdoba en el mando de su división, debería esperarse algún tiempo más para que se le diera la licencia que solicitaba. Insistió Córdoba, sin embargo, y manifestó que “por falta de una hora de resignación ante la justicia podía perder diez años de gloria.”

Se le otorgó al fin la licencia y se vino por Popayán, pues *La Gaceta de Colombia* del 22 de Julio de 1827 da cuenta de que había llegado á aquella ciudad de viaje para la Capital, á donde venía á vindicarse de los crímenes de que se le acusaba.

A pocos días de su llegada á Bogotá fue juzgado en consejo de guerra. Se reunió este Tribunal el 18 de Octubre de 1827 en la casa del General Rafael Urdaneta (27), y el fallo fue absolutorio. Subió el proceso en segunda instancia á la alta Corte Marcial, y he aquí como pasaron allí los hechos, según los refiere el señor Belver, á quien citamos arriba :

“ El día que tuvo lugar la relación del proceso, se presentó el acusado en este Tribunal, vestido con un lujoso uniforme, y acompañado de su defensor. Después de hablar éste, tomó la palabra el General y adujo en su favor otras varias razones, de las cuales, dos, que se indicarán más adelante, puede decirse que constituían el caballo de batalla de aquella defensa. Terminados los alegatos, siguió la conferencia secreta que ordenaba la ley, y cuando ya estuvo acordada la votación, el Presidente tocó la campanilla, el portero abrió la puerta y el General Córdoba se presentó en ella con su sombrero elástico bajo el brazo izquierdo,

y en la mano derecha un bastón de carey. Los jueces tenían que fundar su voto antes de emitirlo, y la votación debía empezar por el menos antiguo, razón por la cual siempre les tocaba votar primero á los dos militares. El voto de éstos, y el de dos de los Magistrados togados, fue porque se confirmara la sentencia absolutoria del Consejo de guerra; pero el Presidente, que lo era el Doctor Félix Restrepo, y á quien como tal le tocaba votar después de los demás, antes de emitir el suyo, se expresó en estos ó semejantes términos: "Siento mucho diferir en este grave asunto de la opinión de mis honorables compañeros, y voy á manifestar las razones que á ello me obligan: (aquí hizo una recapitulación de las pruebas que obraban contra el General Córdoba en el proceso, y luego continuó): los principales argumentos aducidos por el señor General y su defensor para sostener que no ha habido delito, y que por lo mismo, la Corte debe confirmar la sentencia absolutoria del Consejo de Guerra, son dos: el primero consiste en la aseveración de que el General fue irrespetado por el sargento, y que este delito lo reputa la Ordenanza como uno de los más graves, particularmente en tiempo de guerra, y que ésta aún no había concluído en el Sur: y el segundo, en sostener que el General acusado se hallaba investido de facultades extraordinarias, delegadas por el Libertador, cuando tuvo lugar el acto porque se le juzga. Tengo la íntima persuasión de que ninguno de estos dos argumentos desvirtúa ni atenúa siquiera en lo más mínimo, la fuerza de las pruebas que existen contra el acusado en el sumario: no



el primero, porque cuando se cometió el delito no se estaba ejecutando acto alguno del servicio militar, y la actuación revela claramente que era de lo que allí se trataba, y en aquella casa y circunstancias, conforme á los principios consignados en nuestra Constitución, el General José María Córdoba y el sargento eran dos personas iguales, y quizás éste con mejores derechos, porque debía considerársele el jefe de aquella habitación, de la cual, probablemente pagaría el arrendamiento: ni tampoco el segundo, porque no existían en el país otras facultades extraordinarias que las que concede personalmente al Libertador el artículo 128 de la Constitución en ciertas circunstancias, y para usar de ellas en casos especiales y determinados, no pudiendo, por lo mismo, ser delegables á ninguna otra persona. Por lo tanto mi voto es: Que el General José María Córdoba debe sufrir la pena del último suplicio, en la plaza mayor de esta ciudad, previa la degradación pública de su empleo militar." Al oír esto el General palideció, y se inmuto de tal manera, que los que allí estábamos presentes creímos que al salir el Doctor Restrepo tendríamos que presenciar algún desagradable acontecimiento: mas no sucedió así; Este al pasar por junto de Córdoba, le dijo: "General, acá privadamente celebro su absolución; pero yo, como Juez, he tenido que cumplir con mi deber y mi conciencia." El General nada le contestó."

Hay otra anécdota de aquellos días que merece ser referida, como muestra del carácter de esos dos hombres.

Un día buscó Córdoba al Doctor Restrepo y

lo invitó á dar un paseo por las afueras de la ciudad. El Doctor Restrepo aceptó y sin otra compañía que el valeroso General, que debía odiarlo por su voto en la Corte, fue por los lugares solitarios que éste quiso, y luego regresaron á la ciudad hablando de cosas indiferentes. Córdoba sin duda deseó saber qué tan valeroso era aquel anciano, enfermizo, y en presencia de la sangre fría que manifestó durante todo el paseo le dijo al despedirse: —DIOS GUARDE AL MAGISTRADO PARA LA LEY. —DIOS GUARDE AL HÉROE PARA LA PATRIA, le contestó Restrepo (28). Huelga todo comentario sobre los anteriores episodios. ¿Qué lector no se conmueve, aun narrados por pluma tan tosca como la nuestra, al leer esos singulares acontecimientos. Un General rodeado de gloria y poderío, al frente de aguerrido ejército, adorado de sus Jefes, idolatrado por los pueblos, que deja las delicias del Perú, Capua de aquellos héroes, para venir á someterse á los Tribunales de Bogotá y comparecer en juicio como un humilde ciudadano. Aquellos hombres, militares y civiles, que le piden cuenta á uno de sus libertadores de un delito común y lo juzgan con todos los trámites de la ley, sin cobardías, ni vacilaciones. Aquel anciano, achacoso y débil que da su voto con honradez y valor, y que luego muestra varonil entereza al hallarse con el héroe. Todo esto se presta á muy hondas meditaciones, y hace crecer las figuras de nuestros antepasados.

La sentencia de la Corte Marcial manifiesta que se acusó á Córdoba de haber “atentado á la vida del Capitán José María Cárdenas, ultrajado y

depuesto al Teniente del Batallón *Cauca*, Rafael Peña, y hecho dar muerte al sargento 1º de este batallón, Carmen Valdés." Córdoba no negó, según dice dicha sentencia, los hechos, pero manifestó que á Cárdenas lo había reprendido únicamente, y que á Peña lo había arrestado, por haber ambos mostrado repugnancia á cumplir sus órdenes; y que en cuanto á Valdés, éste había ultrajado primero á su sirviente, y que como el General lo golpeará con un foete, el sargento lo amenazó con un palo, y entonces Córdoba dio orden de que lo mataran, la cual ejecutaron sus soldados (29).

Acertado ó injusto el fallo de la Corte, siempre enaltece á los Tribunales de aquella época el haber sentado en su banco á un soldado de Boyacá y Ayacucho. Quizás al absolver á Córdoba la suprema Corte Marcial, pensó más que en la falta del cuerpo del delito y en la deficiencia de pruebas, de que se habla en la sentencia, en los servicios de aquel prodigioso caudillo. Macaulay, al hablar del juicio de Lord Olive, que había cometido graves delitos, pero á quien la Inglaterra debía un imperio, dice: "Como la administración de justicia no admite la teoría de las compensaciones, no es posible hacer valer ante los Tribunales ni aun la más meritoria de las acciones humanas, en descargo de la más leve acusación, y así, por ejemplo, al contraventor de cualquiera Ordenanza municipal no le servirá para nada en su descargo el alegar que en tal ó cual circunstancia, y con grave riesgo de su vida, salvó la de un semejante. Pero si bien esto es así, en el orden legal, no lo es menos que no deben ser tratados por tal manera hom-

bres que ocupan un lugar muy sobre la generalidad y que se hallan expuestos á cada paso á tentaciones extraordinarias, sino es con la mayor indulgencia por parte de sus jueces: que los grandes hombres deben ser juzgados por sus contemporáneos del propio modo que lo son después por la posteridad." Quizás ideas semejantes á las del gran crítico inglés fueron las que inclinaron la balanza de Astrea en favor de Córdoba.

El mismo Córdoba reconoce su falta en una carta que le escribe á Bolívar desde Cochabamba, con fecha 10 de Mayo de 1826. "Yo no he hecho, le dice, sino castigar en el acto á un malvado que me había atropellado; yo lo haré ver así al Tribunal; se me acusará de violento en aquella ocasión, es verdad, pero hay momentos en que se extravía la razón por la fuerza del acontecimiento; V. E. me dirá que esos momentos son los que un hombre debe evitar, así lo hago yo, y aquel me fue tan sensible, cuanto puede serlo un sentimiento."

En aquellos días que siguieron á su absolución, Córdoba tuvo un rasgo de nobleza y gratitud. El Dr. Vicente Azuero fue atacado en una de las calles de Bogotá por el Coronel Bolívar, y ultrajado cruelmente. Este militar venezolano que era un atleta quiso con un apretón de manos romper los dedos del inteligente escritor, y luego lo derribó á tierra. Córdoba que pasaba por ahí casualmente corrió en auxilio de Azuero, lo levantó, le dio el brazo y lo condujo á su casa. Hizo, además, arrestar al Coronel Bolívar.

El vencedor de Ayacucho tenía por Azuero especial deferencia, pues este había escrito su defensa ante el Consejo de Guerra (30).

Después de este fallo Córdoba se fue para Rionegro. Cuán dulce debió ser la llegada del caudillo á aquellos sitios que él tanto había amado, donde estaban su madre, sus hermanos, sus compañeros de infancia. Con cuánto regocijo no lo verían todos en aquella ciudad, que él consideraba como su cuna y que rebosaba de entusiasmo y orgullo cada vez que llegaba la noticia de sus victorias. El niño que había partido hacía catorce años, como simple oficial, y que había vuelto luego en 1819 de Coronel y con los laureles de Boyacá, regresaba ahora hecho General de división y con las coronas de Bomboná y Ayacucho. (31)

En los primeros meses de 1828 regresó á Bogotá donde se dedicó al estudio, según nos refiere el General Posada. Aprendió en esos días á traducir bien el francés, leía las *Vidas de Plutarco*, y recibía lecciones de geometría del venezolano Carujo (32).

En ese año maldito, mostró la discordia su infame cabeza entre los veteranos de la magna guerra que acababa de terminar. Desde antes se habían sentido sus pasos, pero fue entonces cuando esa hidra apareció francamente bajo las gloriosas banderas y separó en dos campos á los que unidos habían dado la libertad á un continente.

Hay dos episodios de aquellos días en que figura el nombre de Córdoba :

En la histórica quinta de Bolívar se llegó por algunos adúladores del Libertador durante su ausencia á fusilar la efigie de Santander. Córdoba se indignó con esto y le escribió á Bolívar una carta destemplada. Después de este incidente en que

aparece Córdoba entre los moderados, resulta él entre los más exaltados bolivianos(33). El 13 de Junio convocó el Intendente Gobernador de Cundinamarca General Herrán á todos los vecinos de la capital á una junta popular, para deliberar sobre la situación. Ese mismo día á las tres de la tarde se reunieron en la casa del atrio de la Catedral (hoy Círculo del Comercio). “La discusión, dice el General Posada, fue libre y digna en lo general; los jóvenes R. M. Vásquez y W. E. Santamaría hablaron con moderación, aunque con energía, contra el hecho ilegal de aquella reunión y sosteniendo los actos que dictara la Convención, y nadie les interrumpió: sólo el General José María Córdoba, sentado en el brazo de una silla, cruzadas las piernas y blandiendo un foete que tenía en la mano, lo hizo al doctor Juan N. Vargas, exaltado santanderista, que hablaba en su sentido haciendo con demasiada injusticia inculpaciones al Libertador; y le dijo en tono amenazante que no permitiría que en su presencia se pronunciara una sola palabra contra el General Bolívar, y que no había más que hablar sino que se confiriese el poder supremo á aquel General, como el único que podía salvar la República. El General Herrán detuvo á Córdoba en su brusca arenga de cuerpo de guardia, y manifestó que la discusión era libre, que todos los ciudadanos podían emitir sus opiniones sin responsabilidad, pues para esto habían sido convocados, y exitó al Dr. Vargas á continuar” (34).

Esa Junta resolvió: 1º No obedecer los actos de la Convención de Ocaña; 2º Revocar los poderes á los Diputados de Bogotá; y 3º Llamar al

Libertador, que estaba en el Socorro, para que se encargara del mando supremo con plenitud de facultades.

Días despues entraba Bolívar á la capital, y asumía el Poder Ejecutivo. La tormenta rugía en los cuatro puntos del horizonte. Una página negra cual ninguna iba á ser escrita en nuestros anales, en ese libro donde tantos capítulos de glorias acababan de ser escritos.

En la noche del 25 de Septiembre, cuando la conspiración contra el Libertador, fue despertado Córdoba por los cañonazos de los artilleros. Hizo traer su caballo y corrió á la plaza á ver qué ocurría. Cerca de San Victorino se encontró con Carujo, que se retiraba con ocho artilleros, después de haber fracasado su golpe en Palacio (35).

—¿Qué hay, Carujo? le dijo el héroe de Ayacucho.

El conspirador le contestó que el batallón *Vargas* se había insurreccionado contra el Libertador y que él huía porque ya los iusurrectos dominaban la plaza.

Una partida de aquel batallón, que apareció en esos momentos, explicó á Córdoba lo que ocurría, y él se unió á aquellos veteranos, aclamando al Libertador, en tanto que Carujo huía protegido por las sombras.

Este encuentro casual con Carujo, así como el haber sido su discípulo, dio origen á que se empezara á desconfiar de Córdoba, no obstante sus protestas de adhesión al Libertadar.

Fue, sin embargo, nombrado Ministro de Guerra, y como tal intervino directamente en el pro-

ceso contra los conjurados de aquella noche, y todas las sentencias tienen su firma.

Días después tuvo que salir á una nueva campaña. El Congreso del Perú y el Presidente Lamar, con exceso de ingratitud, habían declarado la guerra á Colombia, mientras aquí pasaban estos luctuosos acontecimientos; y para agravar la situación se pronunciaron en el Sur del Cauca los Coroneles Obando y López (después Generales y Presidentes de la República).

Bolívar hizo entonces salir de Bogotá una División de 1,500 hombres á las órdenes de Córdoba. Se unió éste en la Plata con el Coronel Mosquera (después General y Presidente), y ambos siguieron á Popayán, á donde llegaron el 27 de Diciembre. La sola presencia de Córdoba hizo retirar á los revolucionarios hacia el valle de Patía, mas no sin que alcanzaran las fuerzas del héroe antioqueño á la retaguardia de López y la dispersaran en la Horqueta. Luégo regresó Córdoba á Popayán para reorganizar el Ejército y conseguir recursos para abrir campaña sobre Pasto.

Surgieron entonces rivalidades entre él y Mosquera que vino á ser su subalterno. Parece que Córdoba trataba con dureza á éste, y que Mosquera sentía como una emulación con respecto al joven y bizarro General.

“El General Córdoba, dice Posada, era un joven infatuado con el brillo de su bien merecida gloria militar, de carácter impetuoso y pródigo para con sus subalternos en injurias de cuartel; no es, pues, extraño ni dudoso, sino muy verosímil, que se comportara con el Coronel Mosquera como



generalmente se dijo. Siendo este último conocido por su incansable perseverancia en la intriga, insinuante para obtener en los demás la que deseaba, teniendo acceso con el Libertador, habiendo sabido introducirse en su confianza, seguro era que Córdoba, que se evaporaba en sarcasmos y bravatas, había de sucumbir bajo una persecución sorda, disimulada, constante, que sabía explotar hábilmente las sospechas con que lo iban minando sus émulos en el ejército, por su inocente equivocación en la noche del 25 de Septiembre.”

Lo cierto es que esa falta de armonía entre los dos fue la causa del infortunio de Córdoba.

Al lado del Libertador vinieron ambos hasta Pasto, pero parece que allí Bolívar empezó á desconfiar de su antiguo servidor, del ilustre soldado de Ayacucho y lo destinó á Popayán para que acelerara allí la marcha de los cuerpos que iban para el Sur. Poco después se le nombró Secretario de Marina (36).

Permítasenos que citeamos una vez más al ilustre General Posada.

“Se separaba, dice, pues, el bravo de los bravos de Colombia de un servicio activo en campaña para emplearlo en un servicio pasivo que absolutamente no podía desempeñar, y esto se hacía cuando se temía la continuación de la guerra por largo tiempo para recobrar á Guayaquil. Córdoba bramó como un toro furioso con semejante ultraje, un cáncer roedor se le formó en el corazón, se quejó amargamente al Libertador, y desdeñado por el hombre de su admiración, se separó de él y de sus compañeros con la furia de la desespera-

ción. En los hombres del temple de Córdoba no se sale de estos paroximos sino para precipitarse á la venganza; y Córdoba se cegó y se precipitó, y la Nueva Granada perdió uno de sus hijos más excelsos" (37).

Parece, sin embargo, que Córdoba pensó entonces en aceptar la Cartera y venir á Bogotá después de ir á Antioquia á ver á su familia. Manifestaba entonces muchos deseos de ir á Europa.

A fines de Agosto partió para la tierra que había mecido su cuna, donde llegó el 7 de Septiembre de 1829 con su ordenanza Juan José Niño (38).

Celebraba en aquel día Rionegro la fiesta de su patrona Nuestra Señora de Arma.

Eran las ocho de la noche, y como no lo esperaban en ese día, halló su casa desierta. Todos estaban en la plaza contemplando los fuegos artificiales, mas á poco se supo la fausta nueva y corrieron á abrazarlo.

Esa noche se le llevó á un baile que tenía lugar en la casa del Sr. Sinforoso García. Allí se oxaltó él en medio de la fiesta y se exaltaron muchos de los jóvenes que lo rodeaban, y bridaron por el triunfo de la libertad y la caída de Bolívar.

Al día siguiente tuvo lugar una reunión de las más notables personas de Rionegro, y varias de otras localidades que habían venido á los festejos de esos días. En ella estuvieron el Dr. Juan de Dios Aranzazu, el Gobernador Jaramillo (su cuñado), su hermano Salvador, D. Antonio Mendoza, los Capitanes José María Botero y José Ignacio Bernal y los oficiales Gómez y Alzate. Allí

se emitieron opiniones en favor y en contra de la revolución.

Por la noche tuvo lugar otro baile en casa del Sr. D. Pedro Sáenz, con motivo del matrimonio de una de sus hijas con el Sr. Dr. Jorge Gutiérrez de Lara, distinguido hombre público. Allí se brindó nuevamente en contra de Bolívar y la monarquía.

En Medellín se supo esto por el Coronel Urdaneta, Comandante de las fuerzas, y resolvió apresar á Córdoba. Al efecto mandó al día siguiente unos veinte hombres á Rionegro. Córdoba recibió de esto oportuno aviso, y se preparó á rechazarlos. La partida se devolvió entonces á Medellín temiendo una derrota.

El Dr. Antonio Mendoza, compañero de Córdoba en esos días, refiere la siguiente anécdota en un artículo que publicó en 1876, en el cual relata lo acaecido entonces en Rionegro:

“Fue al amanecer del siguiente día cuando Córdoba empezó á tomar providencias para ocupar la capital de la Provincia. Hizo llamar á un platero de nombre Pío Garcés, de origen caucano, hombre moreno, alto, robusto y de carácter altanero. Cuando vino, el General le dirigió la palabra en estos términos :

—Necesito dos mil balas para hoy á las cinco.

—Imposible, mi General; dos mil balas no se hacen en un momento y yo apenas tengo un balerito pequeño.

Córdoba arrugó el ceño, circunstancia que denotaba en él un furor reconcentrado; luégo, fijando la mirada en el platero, y observándole con intención, le dijo con marcada ironía :

—Está bien. Hágame usted cuatro balas solamente.

El pobre hombre comprendió perfectamente el sentido de la frase, y temiendo por su vida, murmuró más muerto que vivo:

—Voy á poner mano á la obra, General.

Inútil es añadir que cumplió lo ofrecido: en vez de dos mil balas, hizo cuatro mil!" (39).

El General partió al otro día con unos cien hombres sobre la capital de Antioquia; y Urdaneta, deseando ahorrar sangre, pues ya bastante había corrido en la lucha por la independendia, entró en arreglos y le entregó la ciudad. Allí recibió Córdoba buena cantidad de fusiles y municiones.

Pocos días después se hizo una Junta en la Casa municipal, presidida por Córdoba, y en ella se resolvió desconocer la autoridad del Libertador.

Los oficiales que habían ido á aprehender al General á Rionegro, José Antonio Vélez y Manuel Herrera, y que luégo quedaron en el ejército en virtud de la capitulación, fueron fusilados por desconfiarse de ellos, no obstante que intercedieron en su favor el Coronel Salvador Córdoba, hermano del General y su cuñado el Gobernador Jaramillo. Aquello fue, sin duda, un exceso de crueldad, y por mucho entusiasmo que nos inspiren las hazañas del héroe, no podemos ante ese hecho, ni callarlo ni defenderlo (40).

En Bogotá se supieron pronto estos acontecimientos. De Popayán habían escrito sobre la marcha de Córdoba; de los pueblos del tránsito informaron sobre lo que hablaba en el camino, y

el Coronel Urdaneta avisó desde Nare lo que acababa de suceder en Medellín. El Consejo de Ministros resolvió obrar con toda actividad y despachó inmediatamente (27 de Septiembre) 800 hombres á las órdenes del General O'Leary, uno de los más nobles Jefes de la guerra magna. Siguió éste por el camino de Honda y luégo por el lado de la montaña de Juntas. Deseaba él ahorrar el derramamiento de sangre y envió al Coronel Montoya en comisión de paz. Todos los ruegos del Coronel fueron inútiles para hacer desistir á Córdoba de su empresa. "Estoy resuelto, le dijo, á vencer ó morir."

—Usted no podrá vencer, le observó Montoya.

—Pero sí podré morir, fue la última réplica de Córdoba.

Y en realidad era una temeridad el comprometer una batalla. O'Leary tenía un ejército de veteranos, bien municionados, bien disciplinados y bien armados; en tanto que Córdoba no tenía sino unos cuatro centenares de reclutas. Pero este hombre no sabía qué cosa era una derrota, creía que tal cosa no se había hecho para él. Todo le parecía posible después del Palo, Boyacá, Chorroblancos, Pichincha y Ayacucho. Y no sólo á él le pasó eso de creer posible toda ambición y realizable toda quimera, después de las proezas de la independencia. Casi todos nuestros militares, y aun sus descendientes se volvieron de tal modo audaces ó locos, que á todas horas creían se habían de repetir las *Queseras del Medio* ó alguna de aquellas hazañas inverosímiles.

Ah! pero Córdoba se olvidó de que si él había estado en Ayacucho, también se encontraron allá muchos de los que tenía al frente; y no pensó que ellos poseían, además de su valor, la prudencia que á él le faltaba.

El día 19 se hallaba Córdoba de nuevo en Rionegro. En una nota que de allí le dirigió al Comandante del destacamento de Nare hay estas palabras que manifiestan el temple de alma del guerrero. Con razón se le ha llamado el Marte colombiano. Y quizás en los futuros siglos, cuando nuestra historia sea tenida cual creación mitológica, será él, sin duda, uno de los dioses de la guerra :

“Ya previno á usted el Comandante de Armas, que si una fuerza enemiga lo obliga á retirarse, solamente será hasta Juntas, en donde morirá usted antes que abandonar este punto.”

Córdoba salió al encuentro de O'Leary, y estaba casi seguro de la victoria. “Su pensamiento, dice el Sr. Antonio María Restrepo, al relatar la víspera de la batalla, se fijaba en las escenas de la vida conyugal; estaba enamorado de una hermosa señorita, hija del Cónsul británico, que se llamaba Fanny y con la cual tenía el proyecto de matrimonio. Inflamándose á medida que hablaba con el deseo de verla pronto, exclamaba: ‘Sí, mi amigo; mañana empeño el combate, triunfo y me voy á Bogotá. Oh! qué alegría para Fanny cuando me vea entrar vencedor á la capital en medio de las más calurosas manifestaciones de la multitud! La gloria sin el amor nada vale; yo tengo á ambos y por eso me creo feliz’ ” (41).

No lejos de Rionegro, en un pobre caserío llamado el Santuario, fue el sangriento combate, el 17 de Octubre.

¡Cuán triste es escribir esta última página de la vida de Córdoba! Provoca terminar aquí; dejar al héroe con esos laureles cosechados en las llanuras de Casanare, sobre las ondas del Magdalena, entre los muros de la ciudad heroica, al pie de los volcanes del Ecuador, encima de las cumbres de los Andes, junto á las fuentes del Amazonas, y no hablar de la hora maldita en que tanta gloria fue segada en campo fratricida!

¿Por qué, gallardo joven, no descansaste de tantas fatigas á la lumbre del hogar, junto al sér que te dio la vida, contando tu epopeya? ¿Por qué no llevaste vida apacible en la ciudad, después de habernos dado libertad y glorias, sirviéndole al Estado en labor pacífica ó retirado á la vida privada y te mostraste como un ejemplo á los niños, que te mirarían con respeto y cariño, y serías como Washington, el primero en la guerra, el primero en la paz, el primero en el corazón de tus conciudadanos?

Una mano fatal lo arrastró á aquel sitio funesto, y ahí sucumbió su ejército y cayó él mortalmente herido (42).

Moribundo, con un balazo en el pecho y otro en el muslo, se recogió en una pobre cabaña. Allí se hizo una última resistencia. O'Leary ordenó tomar la casa á viva fuerza. El Comandante irlandés Ruperto Hand, á quien le acababan de matar el caballo de un balazo, entró á pie á la habitación con sable en mano. Córdoba, aunque herido, se le-

vantó al ver entrar á ese Jefe enemigo, que se dice preguntaba por él y se dirigió á su encuentro. Hand le dio entonces dos terribles sablazos: uno en la cabeza y otro en la mano. Córdoba cayó agonizante.

O'Leary, apenas supo que allí espiraba su antiguo camarada, corrió presuroso á verlo, y lo encontró aún con vida. A poco recogió su postrer suspiro. El bizarro joven que desafiara la muerte con toda impavidez en cien batallas libradas desde las bocas del Orinoco hasta las cimas plateadas del Potosí, había venido á que su cuna le sirviera de tumba.

Con lágrimas, que no con tinta, se escriben las últimas páginas de esta vida singular, que pasó sobre el cielo de Colombia como un meteoro brillante y fugitivo.

Allá en Rionegro se levanta sobre una colina el túmulo que guarda los restos del héroe, y hoy en su centenario, Colombia, la América entera, coloca sobre esa tumba coronas de inmortales. Tuvo él errores, murió en un momento de extravío, pero sus prodigiosas hazañas, sus grandes servicios, sus brillantes cualidades, lo hacen una de las más bellas y excelsas figuras de nuestra historia.

PATRIOTA





# NOTAS

(1) Todos los historiadores y biógrafos de Córdoba convienen en que le faltaba serenidad ó juicio; y aún resulta que estuvo una vez en 1820 completamente loco. El General Posada dice: “que fuera arrebatado, que fuera un poco engraido con su elegante figura y algo petulante, no puede negarse, y es en cierta manera disculpable en un General de división de 27 años de edad, admirado de todos, estimado de Sucre y predilecto de Bolívar, de quien era el Efestión.” (Memorias Histórico-políticas, capítulo XVI).

(2) En la Biografía de Córdoba que publicó el señor Llano en *La Revista de Antioquia* en 1876, se dijo que la Escuela del señor Bravo era en San Vicente, población que queda entre Rionegro y Concepción. El Sr. Dr. Joaquín Restrepo le manifestó, en el mismo periódico, que fue en Rionegro donde tuvo su plantel aquel institutor. El señor Llano aceptó gustoso la rectificación como lo expresó en otro número de dicha Revista, y la hizo en la segunda edición de su obra.

He aquí algunos datos genealógicos sobre el señor Bravo, que tomamos de *La Miscelánea* de Medellín, Febrero 1898, artículo *Pobladores de Antioquia*:

“Manuel Bravo, natural de Santafé de Bogotá, hijo de don Tomás Bravo y doña Josefa Daza. Casó con doña Pastora Bernal, hija de don Juan Martín Bernal. Tuvo por hijos á don Dionisio que casó con doña Angela Bernal, hija de don José María Bernal y doña Nepomucena Mejía; don Antonio con doña Rosario Bernal, hermana de la anterior, en primeras nupcias y en segundas con doña Margarita Escobar; don Timoteo con doña Josefa Bernal, hermana de las anteriores. Doña Florentina, esposa de don Vicente Villegas; doña Bernardina de don Francisco Bernal; doña Josefa de don Ramón Escobar Escalante y don Pedro casado con doña Marcelina Echeverri.”

(3) “El Presidente-Dictador Juan N. Corral, uniendo á su inteligencia y actividad las luces de Caldas, acometió con él la realización de diversos proyectos importantes, tales fueron la fundición de artillería, el establecimiento de una nitrería y de un molino de pólvora, la fabricación de fusiles, la de las máquinas indispensables para una casa de amonedación y la fundación de una Academia de Ingenieros militares para la instrucción de doce alumnos cadetes del ejército.” (*Vida de Caldas*, por don Lino de Pombo, publicada en 1874 en *La América*, parte literaria).

(4) He aquí lo que dijo el Congreso reunido en Tunja al saber la muerte de Corral :

“Por cuánto ha fallecido el día 7 de Abril de este año el Presidente de la Provincia de Antioquia, Diputado que fue por la misma al Congreso, ciudadano Juan del Corral, el que animado del más ardiente patriotismo, haciendo todo género de sacrificios y arrojando todo género de obstáculos en el corto espacio de tiempo que duró su Gobierno, escarmentó y arrojó de la Provincia á los enemigos de la libertad que la infestaban, y organizó y aumentó considerablemente el Tesoro; estableció el orden y economía en todos los ramos de la Administración; arregló las milicias; levantó tropas veteranas; armó y equipó una expedición militar que marchó al Sur; creó, por decirlo así, una fundición y parque respetable de artillería, etc. etc. Por tanto, el Congreso, penetrado del más profundo dolor por una pérdida tan sensible como irreparable, y deseando dar un testimonio público de alta estimación y tierna gratitud que le han merecido sus eminentes virtudes y servicios, ha venido en decretar lo siguiente : 1.º Se declara al ciudadano Juan del Corral benemérito de la patria y uno de sus libertadores. 2.º Se celebrarán el día 16 solemnes exequias por el descanso de su alma, en la parroquia mayor de esta ciudad, á que asistirán el Congreso en cuerpo, de luto riguroso, que llevarán sus miembros por tres días consecutivos. 3.º Se oficiará al Gobierno de la Provincia para que los ciudadanos de esta capital, hoy residencia del Congreso, le acompañen en el mismo traje á tan piadosa ceremonia. Comuníquese al Poder Ejecutivo para su cumplimiento y publicación. Dado en Tunja, á 9 de Mayo de 1814. Por el Congreso, CAMACHO, Vicepresidente.—DÁVILA.—*Orisanto Valenzuela*, Secretario.”

(5) Dicen algunos biógrafos de Córdoba que éste salió de Antioquia en la expedición que preparó el Dictador Corral. En esto hay error. En esa expedición salieron Liborio Mejía, J. M. Gutiérrez y otros antioqueños. Córdoba era entonces un niño. El Dictador murió en Abril de 1814, á los treinta y cinco años de edad, y fue luego cuando llegó á Antioquia Serviez y sacó la segunda expedición, que organizó el Gobernador Tejada. Córdoba estuvo, sin duda, en el entierro de Corral, y presencié los honores que se hicieron á su memoria. "Para secundar las operaciones de Cabal, dice el señor Botero Guerra, fue nombrado Teniente general el Coronel Serviez. Este llegó á Antioquia, reunió algunos hombres, entre los cuales figuraba un niño de 14 años que más tarde debía cubrirse de gloria en Pichincha y Ayacucho y se le llamaba José María Córdoba, y siguió para el Cauca." (*Anuario Estadístico de Antioquia*).

(6) "Esta acción de guerra fue, sin duda, una de las más notables y reñidas en aquella época y de las más importantes por sus consecuencias, pues por entonces quedó pacificado el Cauca y libre de enemigos. No obstante esto, su nombre se ha quedado casi siempre olvidado entre los pliegues de la Historia Patria, y es una de las más afamadas." (*Espinosa, Memorias de un abanderado*).

(7) No decimos Bogotá sino Santafé, porque entonces todavía no se llamaba así la capital. Bogotá era entonces lo que hoy es Funza.

(8) Algunos escriben *Servier* y otros *Servié*; pero en los impresos de esa época, se dice *Serviez*, y este era el nombre del abuelo del General, que lo lleva en Pau (Francia) una calle. En un poema inédito que existe en la Biblioteca Nacional de Bogotá, escrito por el señor J. A. Torres y Peña, clérigo realista, en el cual se refieren las hazañas de aquellos días, se rima el nombre de *Serviez* con *vez*, *impavidez* etc. etc.

(9) El señor Rafael Baraya hace, en su biografía del General Córdoba, una enumeración de los combates en que estuvo el héroe de Ayacucho y pone allí á *Cachirí* y *Cuchilla del Tambo*. Tal relación, que hemos visto reproducida en varios periódicos, es errónea. Serviez y Córdoba se unieron al ejército del Norte cuando ya venía en derrota, después de Cachirí, y ambos, como se ha visto,

tomaron para Casanare y no para el Cauca, donde queda la célebre *Cuchilla*. En las *Biografías Militares* de don José María Baraya se dice que Córdoba emigró á Casanare después del combate de la *Cuchilla del Tambo*, cosa también inexacta, pues esta batalla fue el 29 de Junio de 1816, y el 23 de ese mes llegaban á Pore las fuerzas de Serviez.

Hay un libro escrito en francés titulado *Souvenirs de l'Indépendance américaine*, que se ha llegado á creer sean las *Memorias* de Serviez, y parece que fue escrito con el propósito de hacerlo pasar por tal. Tiene un apéndice que aparece como "la obra de su Ayudante de campo el Coronel Córdoba, americano, quien fue iniciado en todos los secretos, en todos los sufrimientos del desgraciado francés, que se vio obligado á buscar otra patria en el nuevo mundo." El Sr. D. Vicente Restrepo demostró en 1891, en la *Revista Literaria*, de Bogotá, que ese libro es apócrifo y que es tan sólo un extracto de la *Historia de la Revolución de Colombia*, de Lallement.

(10) Es curiosa la proclama que Serviez dio cuando estaba en el Norte, antes de su retirada á Santafé.

"Orden del día. Soldados! el territorio que Nuestra Señora ha consagrado por tantos milagros, el que habeis visitado con tanta devoción, está en vísperas de ser invadido por los asesinos del impío Calzada. Soldados de la Cruz! corramos á defender el templo de la Madre de Dios, ella será con nosotros: el Redentor de todos los pueblos de la tierra nos protegerá en esta vida, y si sucumbimos, nos abrirá glorioso las puertas de la eternidad: preparaos á los combates, soldados, y repetid mil veces, viva Nuestra Señora! mueran sus enemigos! Sogamoso, Marzo 3 de 1816.—MANUEL SERVIEZ."

(11) *Apuntamientos para la Historia de la Nueva Granada.*

(12) En la biografía de Córdoba, escrita por el señor J. O. Llano, se dice que aquel peleó en Arichuma, Achaguas y el Jagual, y no se mencionan esas peleas de *Ocoa*, *Upía* y *Guachiría*. El periódico *Patria de Córdoba*, de Medellín, repitió hace poco esto mismo. Debemos observar que en Arichuma no hubo combate sino que allí fue donde se reunieron los ejércitos y eligieron Presidente y jefes, y que Achaguas fue después del Jagual. En la obra del señor González Chaves, titulada *Estudio Cronológico de la Guerra de*

la *Independencia*, se habla de todas estas batallas y se da la fecha y detalles de ellas. En la *Gaceta de Santafé* del 20 de Febrero de 1817 está el parte oficial del combate de Achaguas. Véase también la *Autobiografía* de Páez, páginas 88 y 103.

(13) El mismo Córdoba en cartas que existen originales en el archivo del señor don Roberto Suárez, relata su caída y su enfermedad.

(14) También se refiere en las cartas citadas en la anterior nota esa estratagema en el río Nechí. Resulta que fue tan sólo una balsa con un farolito lo que amedrentó al enemigo.

(15) Existe también esta carta en el valioso archivo del señor Suárez. La carta anterior, de Córdoba al señor Restrepo, está publicada en la obra del señor M. E. Corrales: *Anales y Efemérides del Estado de Bolívar*, tomo 2.º

(16) Las *Leyendas históricas* del señor Capella tienen mucha parte novelesca. Estos detalles del combate de Tenerife parecen, sin embargo, exactos.

(17) Publicada en las *Memorias del General O'Leary*, tomo XVII y en la obra del doctor Corrales ya citada, tomo II.

(18) El General M. A. López en sus *Recuerdos históricos* precisa esta fecha (página 70). Primero había dicho que no pudo zarpar de Panamá antes de los últimos días de Mayo (página 53). En la biografía de Córdoba que escribió el Sr. M. A. Hernández, y que se publicó en *La Legión*, de Medellín, (19 de Mayo de 1883), se dice que Córdoba "atravesó el Istmo por la fragosa y áspera montaña del Naranjal." Entendemos que esta montaña queda en el Ecuador y fue al desembarcar allá que tuvo que atravesarla.

(19) Esta anécdota está referida en la obra del General López y en la biografía del señor Llano ya citadas. Al señor Llano se la refirió el mismo ayudante Botero, que vivía aún en 1876.

(20) Jaramillo Córdoba hace mención de este viaje del héroe á Bogotá, pero como de ello no presenta comprobante alguno ni ningún otro historiador lo relata, nos pusimos en busca de datos para cerciorarnos de ello. En el Archivo Nacional y en las *Memorias de O'Leary* encontramos no sólo la prueba completa, sino

que pudimos precisar las fechas de su llegada y de su partida. En aquella oficina existe original no solamente la nota de Córdoba que citamos (18 de Agosto de 1823) sino también el libro copiador de correspondencia de la Corte Marcial en el cual se expresa que se retiró de ella en el mes de Septiembre del mismo año. En el tomo II de la obra de O'Leary hay varias cartas de Santander á Bolívar en que habla de este viaje de Córdoba.

(21) Los biógrafos de Córdoba pocos detalles han dado sobre este episodio. Jaramillo apenas dice: "la envidia cadáverica y mohína, á mil leguas de distancia, le suscitaba incomodidades en Colombia, por la ejecución de un sargento insubordinado." Llano dice que se le enjuició "por un homicidio que se le atribuía." Baraya (R) manifiesta que "se le había sometido en Bogotá á juicio por la muerte que dio á un asistente suyo en Popayán, del cual fue absuelto." Baraya (J. M.) nada relata sobre el particular; tampoco Vega en el boceto que publicó en el *Papel Periódico Ilustrado*. Las sentencias de la Corte Marcial que van aparte darán mayor luz sobre el asunto.

(22) M. A. López. *Recuerdos Históricos*, página 108. El Sr. Llano dice que desembarcó en el Callao. Sea esta la ocasión de hacer notar que en el atlas del Sr. Paz, en el mapa que indica el camino del ejército libertador en 1824, no hace pasar á éste por Cajamarca y Huamachaco, donde estuvo acampado muchos días.

(23) El General López describe en sus recuerdos esta parada, lo mismo el Dr. Restrepo. Este dice: "La hermosa y romántica belleza de un lugar tan elevado sobre el nivel del mar, circuido de altas cordilleras y sobre el lago de Reyes, origen principal del caudaloso Amazonas, realizaban la solemnidad del espectáculo y la alegría de todo el ejército." (Capítulo VIII).

(24) "Hasta los aficionados á agüeros ya veían el de nuestra victoria en el brillante tiro de cañón de la víspera, y aun en el nombre del cerro de *Cundurcunca*; *cuello del condor*, que aseguraban había de erguir allí como rey de su tierra, sobre sus insolentes disponedores advenedizos." (López, libro citado, página 137).

(25) El General Posada, así como algunos otros historiadores y biógrafos de Córdoba, dicen que la corona de oro que éste

regaló á Rionegro, le fue obsequiada á Bolívar en el Cuzco, y que el Libertador la colocó sobre las sienes de Sucre, quien á su vez la traspasó á Córdoba. Esto es erróneo, como lo demostró el Sr. Andrés Posada Arango en la *Revista de Antioquia*, (1876, número 22), pues jamás estuvieron en dicha ciudad juntos aquellos tres hombres. Cuando Bolívar entró al Cuzco, donde le fue obsequiada una guirnalda de oro, ya Sucre y Córdoba estaban más al Sur, en la Paz. Esa corona la regaló luégo á Sucre, y éste la remitió al Museo de Bogotá. Al llegar á la Paz, unos días después, le fue presentada otra guirnalda al Libertador, también áurea, y ésta fue la que traspasó á Córdoba. Parece que sí la ofreció primero á Sucre, pues en un periódico de aquella época, *Gaceta del Gobierno de Lima* (3 de Noviembre de 1825), se describe la entrada de Bolívar á la Paz, y se dice que fue obsequiado con una corona de oro que puso sobre las sienes de Sucre. Hay una tercera guirnalda que envió el Mariscal de Ayacucho á Cumaná, su ciudad natal. Esta le fue obsequiada á él en Cochabamba. El artículo citado de la *Gaceta de Lima* está reproducido en la *Gaceta de Cartagena* (26 de Febrero de 1826). La descripción de la entrada de Bolívar al Cuzco puede leerse en la *Gaceta de Colombia* de 16 de Octubre de 1825. Allí se dice que la Sra. Prefecta le obsequió una corona de oro en nombre del comercio.

(26) Publicada en *El Conductor*, periódico de Bogotá, el 26 de Febrero de 1827.

(27) Encontramos este dato también en *El Conductor* de 20 de Octubre de 1827.

(28) El Sr. Llano relata esta anécdota en su obra ya citada; también el Dr. Núñez en su artículo *Un león y una paloma*. D. A. J. Restrepo hizo sobre este episodio un bello romance.

(29) La sentencia tiene fecha 30 de Noviembre de 1827, y está firmada por todos los Magistrados. Se encuentra publicada en la *Gaceta de Colombia* de aquel año, número 320.

(30) Este dato lo encontramos en un artículo que el Sr. M. Tenorio publicó en un periódico de Bogotá en 1853, y que se reprodujo en la obra *Documentos para la vida pública del Libertador*, tomo XIII. En un artículo publicado en *El Zurriago*, de Bogotá (7 de Enero 1828) se relata lo del Coronel Bolívar con el Dr. Azuero.



(31) Este viaje no lo mencionan los biógrafos del héroe, pero él consta en las cartas de Córdoba que están publicadas en las memorias de O'Leary, tomo VII.

(32) Algunos biógrafos refieren que Carujo le dio lecciones en su infancia á Córdoba, lo cual no creo cierto, pues parece que aquél no estuvo en Antioquia nunca. Córdoba había aprendido probablemente el francés desde el colegio ó quizás al lado de Serviez, pues él mismo refiere en sus cartas que cuando estuvo loco en 1819, recitaba canciones francesas.

(33) En uno de los catálogos de la Biblioteca Nacional de Bogotá figura el siguiente documento: "Carta del Libertador al General Córdoba en respuesta á una descomedia que éste le dirigió denunciándole el hecho de haber fusilado en efigie al General Santander en la Quinta de Bolívar y que él imprueba con la mayor indignación." (*Resumen de los documentos que forman la colección adicional á la nueva Biblioteca Pineda, por Leonidas Scarpetta y Saturnino Vergara, 1875, Sección Historia, volumen 56*). Desgraciadamente este volumen se perdió y no hemos podido leer dicha carta. Lo acaecido en la Quinta de Bolívar lo hallamos relatado en el periódico *La Aurora*, de 13 de Junio de 1830.

(34) Ni Jaramillo, ni Llano, ni Vega, ni los Barayas mencionan este incidente que muestra cuán grande era el cariño del General por Bolívar, y cómo le faltaba juicio en algunas ocasiones. El Sr. Marcelo Tenorio refirió en el artículo ya citado este incidente, lo mismo que otros episodios de la vida de Córdoba. Según él, pasaba éste á caballo por la plaza, y al saber la reunión, se desmontó y entró por curiosidad, pues no había sido invitado, á causa de ser militar en servicio. Por eso tenía un látigo en la mano.

(35) Todos los historiadores dicen que Córdoba se encontró con Carujo cerca de la Plaza de Bolívar; pero como Marcelo Tenorio, en su artículo ya citado, dice que fue cerca de San Victorino, nos entró duda, y resolvimos consultar el proceso original del 25 de Septiembre, que existe en la Biblioteca Nacional. Allí hallamos con toda precisión este dato: pues Carujo dice que se encontró con Córdoba en la Alameda. También se encuentra la declaración de Carujo en las Memorias de O'Leary.

(36) El decreto fue dictado en Buijo (cerca de Guayaquil) el 13 de Julio de 1829. El Sr. Groot dice en su historia que Córdoba firmó el armisticio de Guayaquil, en Julio de ese año, como comisionado del Libertador. En esto hay error. Córdoba entonces ya no estaba al lado de Bolívar, sino en Popayán. Existen en la Biblioteca Nacional originales varias cartas del héroe al General Caycedo, fechadas en dicha ciudad de 12 de Junio á 13 de Agosto de 1829. Quien firmó el armisticio fue el General Cordero. Véase este tratado en los *Documentos para la vida pública del Libertador*, tomo XIII. En el mismo libro hay una carta de Bolívar escrita en Riobamba el día 3 de Junio del citado año, en la cual le dice: "He pedido al General Córdoba las tropas que están en Popayán."

(37) El mismo General Posada dice que Córdoba ya desde antes conspiraba, y que trató de ponerse de acuerdo con Obando y López, y que sobre esto escribió á Antioquia "haciéndoles las mismas indicaciones que en el Sur había hecho al General Obando." (Capítulo XXI). Córdoba también manifestó en su proclama de Medellín del 14 de Septiembre que "había determinado hacia muchos días" rebelarse; pero no obstante esto, creemos que él no pensaba aún en la revolución. En una carta que le escribió al General Caicedo, le dice que irá á Antioquia á ver á su familia y luego vendrá á Bogotá. (Popayán, 13 de Agosto de 1829). Córdoba había sido elegido por Antioquia diputado al Congreso Constituyente que debía reunirse en Bogotá en 1830. La elección fue hecha por la Asamblea electoral el 20 de Junio de 1829, y con él fueron elegidos los Dres. Aranzazu y Félix Restrepo, como principales; y suplentes, A. Vélez, C. Alvarez y E. Gómez.

(38) El Sr. Dr. Antonio Mendoza dice en su artículo publicado en *La Revista de Antioquia* (1876) que llegó con el Comandante Francisco Giraldo, pero en esto flaquea, sin duda, la memoria de aquel distinguido antioqueño, pues el Sr. D. José María Arango, que también fue testigo presencial de aquellos acontecimientos, asevera en su notable folleto *El Santuario*, que el Sr. Giraldo se quedó en La Ceja para unirse á su familia.

(39) *Revista de Antioquia, 1876.*

(40) Jaramillo Córdoba dice que estos oficiales conspiraban contra Córdoba, y aun da detalles de la conspiración. Verdadera

ó falsa tal conjuración, siempre es cruel el fusilamiento de aquellos dos militares.

(41) Artículo publicado en la *Revista de Antioquia*, 1876, número 99. Córdoba estuvo enamorado en 1819, en Rionegro, de una señorita Morales, sobrina del prócer Sr. Salazar, pues así se lo dice el Dr. J. M. Restrepo al General Santander (6 de Marzo de 1820) en carta que original posee el Sr. Roberto Suárez, y el mismo Córdoba lo manifiesta en carta de Magangué (10 de Junio de 1820) al citado Dr. Restrepo, la cual existe en el archivo que dejó el ilustre historiador. Se nos ha informado que luego, en 1823, estuvo comprometido á casarse en Bogotá con una distinguida dama de esta ciudad, y que con motivo del acontecimiento de Popayán, se desbarató el matrimonio, y le fueron devueltos sus regalos, pero de ello no hemos hallado comprobante. En cuanto á los amores con Fanny en 1829, tenemos datos bien precisos, además del artículo arriba mencionado. En el periódico de Bogotá, *El Demócrata*, de aquella época, hay este párrafo al hablar del Sr. Henderson, Cónsul británico, de quien se sospechaba como auxiliador de la revolución de Antioquia, y cuya separación fue pedida por el Gobierno: "Este caballero es muy desgraciado por ser el padre de una amable hija, á quien se decía que el General Córdoba, cuando estuvo en Bogotá, había estado dirigiendo sus atenciones." (Número del 20 de Julio de 1830). Sin duda, á dicha joven se refiere Córdoba en las cartas que dirige á Bolívar y á O'Leary desde el Cauca el año de 1829 (Marzo 28 y Julio 29), y que están publicadas en las Memorias de O'Leary. Parientes de Córdoba, residentes en Bogotá actualmente, poseen el retrato de este último amor del héroe.

(42) En *El Santuario* estuvieron al lado de Córdoba el General Braulio Henao y el Sr. D. José María Arango y C., que aún viven. El segundo publicó hace poco tiempo el interesantísimo folleto titulado *El Santuario*, ya citado, en el cual se relatan muchos acontecimientos de aquellos días, y ha escrito también en el periódico *Patria de Córdoba* curiosos episodios de la vida del héroe. El R. P. Gutiérrez dice en una publicación que hizo después de la muerte de Córdoba: "La tercera y última vez que nos vimos, el 15 de Octubre, casi á las 8 de la mañana me dijo estas palabras importantes para la historia: tengo 500 hombres, que aun-

que reclutas, yo sabré hacerlos pelear; tengo oficiales muy buenos, y ya no me queda otro camino que la victoria ó la muerte; dentro de cuatro días ó vencedor ó mordiéndolo tierra en el campo de batalla.”

(43) Algún amigo de Córdoba hizo litografiar en Europa una lámina que representa su muerte. Está el héroe con su vestido azul claro, tendido en el suelo, con cuatro heridas: una en el pecho, otra en la cabeza, otra en el muslo y otra en la mano. La gloria está coronándolo, y al pie hay esta inscripción: *Córdoba praeclaris redimitus tempora lauris, invictus jacet: regibus horror erit.*

Hand fue juzgado en 1831, en Cartagena, por la muerte de Córdoba. Se le condenó en primera instancia á diez años de presidio, y luego á muerte por el Tribunal del Magdalena. Esta pena no pudo aplicársele por haberse fugado de la cárcel de aquella ciudad y refugiándose en Venezuela, donde no quisieron entregarlo, no obstante las repetidas reclamaciones de nuestro Gobierno.

